

LA VUELTA DE LOS DÍAS

Memoria, historia, desmemoria

Danubio Torres Fierro

Señoras, señores: Desde el 3 de octubre de 1965 —hace, entonces, 28 años—, fecha en que salió de Cuba para no regresar, Guillermo Cabrera Infante persiste en preservar y erigir una arqueología cubana por y desde el exilio. El mismo, en una de las notas de *Mea Cuba* (el libro, aclarémoslo de entrada, está compuesto por notas, artículos, ensayos y entrevistas que cubren exactamente 25 de los 28 años transcurridos desde 1965), escribe así:

Cuba es el país que más exiliados ha producido durante más de siglo y medio de historia americana. Esta historia es la crónica de una pelea contra el demonio. La literatura cubana, qué duda cabe, nació en el exilio.

Tratemos de comprender al menos parte de los alcances de esta frase. El exilio, que implica destierro, separación y lejanía, implica también, y no menos decisivamente, recuerdo, nostalgia, vale decir, trabajo de la memoria. De ahí que la memoria ocupe un lugar protagónico no sólo en *Mea Cuba* sino en casi todos los libros de Cabrera Infante. De ahí que, según prospera su obra, la memoria se confunda con la vida y a veces, muchas veces, se vuelva autobiografía. *Tres tristes tigres*, la novela de 1967, y *La Habana para un infante difunto*, la novela de 1981, son en una abundante medida ejercicios de la memoria, recuerdos que se recrean, personajes que se evocan, momentos que, vueltos hitos reveladores,

se rememoran, se fijan y se graban. La memoria —la memoria de nosotros, los hombres— es, se sabe, selectiva; conserva y atesora aquello que nos fue benéfico, arroja resplandores sobre lo que nos alegró y confortó y desecha, por ingrato, lo que nos enfrentó o nos hirió. "El yo olvida", dijo Sigmund Freud, y a partir de esa comprobación perturbadora concibió la teoría y la práctica del psicoanálisis, que es una investigación terapéutica encaminada a descubrir lo que, por doloroso, tendemos a confinar en un rincón del inconsciente. La memoria entraña, entonces, la desmemoria. Conviene que tengamos presente esta dualidad intrínseca del proceso memorialístico porque nos será de utilidad un poco más adelante.

Cabrera Infante se adentra a fondo en su memoria cubana y en su memoria habanera y de ese trámite hace surgir un mundo que, al transmutarse en escritura y en ficción, al prodigarse en artificio, es a medias verdadero y a medias imaginado. El mundo, por ejemplo, de *Tres tristes tigres*, que es el mundo de los círculos culturales que el autor frecuentó en su juventud, el mundo de la bohemia discolia y atrevida, el mundo de unos personajes extravagantes. Un mundo excéntrico y tocado por la gracia cubana, un mundo la que la memoria prestigia y envuelve en fosforescencias, un mundo que ya es (por obra de los años y sobre todo por obra del régimen castrista) polvo y humo y, en el fuero interno de Cabrera Infante y en el de muchos cubanos

como él, pura nostalgia o nostalgia pura —como se prefiera. A menudo, al leer a Cabrera Infante, uno tiene la impresión de que ese mundo está amplificado y hasta exagerado por los resortes de la memoria, que es reflejo de la realidad y corrección de la realidad; es que estamos frente a una mitología personal que, nostalgia mediante, sueña con encarnarse en historia. Historia y memoria van de la mano y una y otra se penetran y se complementan. Por eso, y en ese mundo del mito, en ese mundo mitologizado que ya es historia, Lezama Lima, Calvert Casey, Virgilio Piñera, Carlos Montenegro, Reinaldo Arenas y Miriam Gómez son a la vez personas y personajes, escenografía y paisaje, y aparecen bañados con esa luz ambigua —que es la luz del teatro de la memoria— que los hace espectrales y concretos a un mismo tiempo, seres de carne y hueso y criaturas de la fantasía.

El régimen de Castro se quiso un régimen revolucionario, y la historia nos enseña que todo régimen revolucionario se empeña en practicar un partaguas histórico: antes y después de nosotros, prehistoria e historia propiamente dicha. Así, y con más razón si se trata, como es el caso, de un sistema comunista —que se proponía, ¿nos acordamos aún?, crear un "hombre nuevo"—, el régimen cubano se impuso la tarea de re-comenzar la historia, de re-apropiarse desde el poder de la historia, de re-escribir la versión oficial de la historia. Reinterpretar y acomodar la historia de acuerdo con los propios solos criterios es —nada más, nada menos— distorsionar la memoria, destruir la materia libérrima del recuerdo, es rebajar la memoria a su grado cero, hacerla única y unilateral. Para ello, y según la oportunidad y las conveniencias, el régimen cubano apeló en ocasiones a la tradición (y entonces volvió de bronce, por caso, a Martí) pero también decidió, por la fuerza de las cosas, por la fuerza de la lógica interna de su ideología, que cuanto estuviera contaminado de desobediencia a la norma establecida por él, que cuanto aspirara a la libertad de juicio y a la independencia

de espíritu, debía ser borrado de la historia. Y la historia puede borrarse, si se está en el poder, de muchas maneras, como muy bien lo sabemos los latinoamericanos. Ya habrá, aquí, un ejemplo de cómo la historia puede borrarse con el retoque certero de una simple fotografía. Contra esa historia borrada, falsificada y maquillada se levanta Cabrera Infante, contra esa reducción ideológica del pasado lejano y próximo escribe Cabrera Infante, contra ese determinismo histórico se defiende Cabrera Infante. Él lo dice con todas las letras en *Mea Cuba*:

La historia de Cuba murió porque la mató Fidel Castro con su pistola eterna en su uniforme militar de perenne verde olivo.

Puesto en radical minoría, insumiso ante la manifestación de la historia como propaganda, ofendido por la visión de la historia triunfalista propia del régimen de su país, Cabrera Infante porfía en sus libros en rescatar y en preservar lo que podríamos llamar la intrahistoria cubana —esa historia que incluye la verdad de los seres humanos que la hicieron posible, la verdad de los hechos ciertos y no amañados, la verdad de eso que se denomina sociedad civil y que si es, en buena parte de nuestro continente, una entelequia afantasmada, en la Cuba de Castro es no ya espectro posible sino perfecta desmaterialización. Por reacción, por convicción, la historia es, para Cabrera Infante, lo que fue para Tucídides: un drama moral. Una lucha entre el bien y el mal ("la crónica de una pelea contra el demonio", recuérdese), un telón de fondo ético contra el que cobran cuerpo los horrores y las canalladas de un sistema totalitario y donde también brillan los heroísmos y las maravillas de que somos capaces los hombres. Esa historia (esa historia que cunde y se cifra en el Libro, con mayúscula, que es la Historia) no tiene, como no lo tiene la memoria, un sentido único, es múltiple y plural y contradictoria y está llena de ironías felices y crueles y de correspondencias absurdas o envilecidas. Para el régimen castrista, en cambio, la historia es —aburrida, penosamente— una disputa jesuítica: un cabileo de nunca acabar, una fusión y confusión de medias verdades y mentiras totales, una prolongación por otros medios de unos lineamientos revolucionarios maniqueos, un tribunal autolegitimado que emite bendiciones y condenas

a su antojo. Es una historia que hoy día hace de la miseria (es decir, del hambre) una de las manifestaciones de las Bellas Artes. Hay un ejemplo muy notable de esta historia cubana de la infamia y, tal como arriba se prometió, aquí se expone. En la portada del libro *Retrato de familia con Fidel*, del periodista y revolucionario de la primera hora Carlos Franqui, se reproducen dos fotos que son una misma foto que pasó a integrar la iconografía sagrada de la revolución: en la primera, la auténtica, aparece Fidel Castro acompañado por un señor y, entre ellos, Carlos Franqui, mientras que en la segunda, la falsificada, aparece Fidel Castro acompañado por un señor y, entre ellos, un hueco negro. ¿Qué ha pasado? Se ha borrado la historia: Carlos Franqui, por desobediencia, es eliminado de la historia. Este episodio muestra —hay que insistir en ello— cómo la historia se re—escribe aun cuando haya no sólo que violentar sino negar a la memoria y, con ella, a la realidad real. ¿Existe la realidad real, o sea la pedagogía incontrovertible de los hechos concretos, en un régimen totalitario? Es claro que no. Los hechos concretos son, allí, manoseados y sustituidos por una desdichada perversión humana: el voluntarismo. "Yo quiero que la historia sea así" —reza el primer dogma de un totalitario. Se olvida, por supuesto, de que la historia al final premia o castiga pero nunca absuelve porque en ella no hay indulgencia. Que lo diga, si no, la ex Unión Soviética.

Volvamos a la memoria, y digamos que Cabrera Infante, que trabaja con la

memoria y por la memoria, no es un desmemoriado. Se trata de un dato capital. Desde fecha muy temprana en la cronología revolucionaria, él supo leer, aquí y allá, los síntomas de la patología comunista. El endurecimiento progresivo del credo ideológico, el cercenamiento del espíritu crítico, la manipulación de la historia, el recelo ante, y la persecución después, de los intelectuales, el hostigamiento a y la cacería de los homosexuales, el entierro de la espontaneidad creadora del "genio" cubano fueron etapas, escalonadas y sucesivas, que no escaparon a la mirada alerta de Cabrera Infante. Y, contrariando a Freud, refutando a Freud, su yo no olvidó. Había nacido en un hogar de padres comunistas y en él aprendió a descifrar las entrañas del monstruo. Decidió no ser un desmemoriado. Todo *Mea Cuba* cabe en esta última frase: es un libro escrito a favor de la memoria y contra la desmemoria, es un libro hecho en el exilio y arraigado en Cuba, un libro contra la Cuba circunstancial y a favor —si se admite la licencia— de la Cuba perdurable. Es un libro que todos debiéramos conocer: nos enseña a no ser desmemoriados en un continente de enfermiza memoria histórica. Si lo leemos, créase, dejaremos de tener coartadas. ¿Nos arriesgamos?

Muchas gracias. □

• Texto leído en la presentación de *Mea Cuba* en la ciudad de Guadalajara, el día 30 de junio pasado.

Carta de Madrid Jóvenes rojos, viejos verdes

Bias Matamoros

Envidia a mi amigo, el catedrático de Historia de las Ideas. Conserva todo su pelo y no tiene canas (ignoro si por secretos de peluquería que han de permanecer

secretos, como es obvio). Envidia que viva cómodamente dando clases sólo una mitad del año, mientras yo debo fichar a horas de indecente precocidad,

cada día, y con sólo un mes de vacaciones anual. Envidio, por fin, que crea en la historia de las ideas. Yo pienso, más bien, que las ideas carecen de historia, que sólo tienen historia las creencias (léase: ideologías), esas ideas que encarnan en los hombres (léase: seres humanos) o en las cuales habitamos (léase: nos refugiarnos). O léase cualquier otra cosa.

Mi amigo el catedrático viene de Munich y prepara un inmediato viaje a Boston. Ha dictado un cursillo sobre neoformalismo en ciencia sociales y esboza otro cursillo, sobre la recepción de Tocqueville en España. Se ha hecho tiempo para ir a Barcelona, en cuyo espectacular Palacio San Jorge ha ofrecido un recital conmemorativo al cantautor valenciano Raimon, celebrando treinta años de carrera. Luego, mi amigo pasa por Madrid y encontramos unos fugaces momentos para conversar. El tema: lo fugaz que ha sido el tiempo en estas tres décadas. Yo agregaría: y en las próximas, y en los últimos treinta siglos y etcétera. Si lo propio del tiempo es fugarse, ser fugaz.

Confieso mi escasa devoción por los cantautores. Me gustan algunos estupendos poemas que cantaban los Beatles, como *Eleanor Rigby* o *Yesterday*. Me gusta María del Mar Bonet porque a ella le gusta cantar, le gusta el misterio de la voz que alarga sus vocales. Me gusta Serrat, a pesar de sus pareados y pies quebrados, un tanto machacones. Serrat es uno de esos chicos de los que nos enamoramos, sin saberlo, en un verano de nuestra adolescencia, para luego casarnos con su hermana o su prima y estar toda la vida cerca de ellos (también sin saberlo), que conservan un aire muchachil más allá de lo debido y su presencia siempre nos confunde agradablemente (y seguimos sin saber por qué). El cantautor medio, en cambio, me aburre y me cae pesadamente monótono, como si cantar fuera, para tal personaje, un estorbo a la "libre circulación de las buenas ideas". Es lo que me pasa con Paco Ibáñez, Moustaki, Brassens, Zitarrosa o Viglietti.

Mi amigo el catedrático estaba conmovido por el reencuentro con Raimon. Este también ha conservado todo su pelo, pero se le ha puesto blanco y le ha dado un aire de capataz de cuadrilla en una construcción de pequeña escala. Mi amigo, dominado por la creencia en la eternidad de las ideas, me habla de la vocación de eternidad que tiene el aire de

Raimon, a quien escuchó por primera vez hace treinta años, apenas emergido de la adolescencia. Entre el público, los chicos de entonces se mezclaban ahora con sus hijos y sobrinos. Mi amigo no dudó en escribir aquella muchedumbre como "peregrina": extranjeros errantes que habían hallado, por fin, los Santos Lugares de este mundo. Se encontró con muchos conocidos de juventud, de aquellos que, secretamente, pertenecían a la Gran Logia de la Subversión Antifranquista.

A la conmemoración raimoniana se unió, esos días, el cuarto de siglo pasado desde mayo del 68. Es curioso comprobar que, pese a la distancia geográfica (Buenos Aires y Madrid) la coincidencia generacional hace que parte de nuestras memorias coincidan. El punto más agudo de coincidencia está vacío: el París de mayo del 68. Allí no estuvimos ni mi amigo el catedrático ni yo. Las sustituciones parecen claras. Él recuerda un recital de Raimon en Madrid, el 18 de mayo de 1968, sus consignas, la colecta para unos obreros metalúrgicos en huelga, una manifestación estudiantil bloqueando el coche de la entonces princesa Sofía (hoy reina democrática, pero entonces vista como esperanza de continuidad del franquismo). Yo, en cambio, recuerdo mayo del 69, lo que en la Argentina se denominó "cordobazo". En la ciudad de Córdoba hubo una pueblada con miles de personas en las calles, que obligó a la policía a replegarse y al ejército, a intervenir. Mandaba en mi país, entonces, uno de los numerosos dictadores que experimentamos, un hombre consistente y ridículo, llamado Juan Carlos Onganía, que había prohibido la lucha de clases por decreto. El tiempo lo ha mejorado: su dictadura parece hoy un juego de niños, comparada con las masacres que vinieron en la década siguiente.

Intercambiamos viñetas con mi amigo. Las que yo recuerdo muestran un país que va de mal en peor; las suyas, lo contrario. Pero él parece leer el proceso al revés: lo bello era ser joven y sostener esperanzas revolucionarias respecto al mundo circundante, y no soportar la actual inercia social, que sólo nos permite una árida gestión de los asuntos comunes, con ínfimos márgenes para mejorar o empeorar nuestro destino histórico.

Las devociones de entonces son las mismas: no sólo mayo del 68 (abrupta-

mente enervado por la llegada del verano, que llevó a los revolucionarios a los balnearios), sino el Che Guevara, las revoluciones argelina y cubana, la guerra de Vietnam y nuestro intransigente antiimperialismo, la confianza en las energías revolucionarias del Tercer Mundo, las masas campesinas hambreadas que tomarían heroicamente las armas para derrotar a los centros mundiales de poder y sus adornadas periferias.

Paso revista a los primeros actores de aquellos años. La mayoría son víctimas con algo de cívico martirio: John Kennedy, el Che, Martin Luther King, fueron asesinados. Kruschchev, tras su intento de deshielo, destituido. Pocos quisieran hoy repetir su fervor por Mao Tse Tung y aquella pintoresca y terrible Revolución Cultural que pretendía aniquilar a Rembrandt y Beethoven como agentes del imperialismo.

Éramos bondadosos y justicieros, pero nuestra lista de apuestas hoy se me aparece como equivocada. Las atrocidades de los norteamericanos en Vietnam palidecen ante las cometidas por los vietnamitas en Camboya y por los chinos en el propio Vietnam. La revolución cubana, colapsada, pide ayuda a los inversores internacionales. La argelina ha educado a una generación de fundamentalistas teocráticos. El guerrillismo foquista de Guevara produjo un movimiento de lucha armada en América Latina que fue contestado con una sangrienta contrainsurgencia (gracias a ella debí marcharme a España y hacerme amigo del catedrático antes citado). Si en estos treinta años, las vidas humanas y los dineros que costó este enfrentamiento se hubieran canalizado a los fines del desarrollo económico y social, mejor sería la situación del subcontinente. El arrojito de los montoneros y tupamaros sólo sirvió para aupar a personajes tan opinables como Perón y sus secuaces de ultraderecha y para definir los problemas del subdesarrollo latinoamericano, no como un resultado de la desigualdad norte-sur, sino como parte de la guerra de bloques este-oeste. Por no desplazar el recuerdo a los fervores que mi amigo y sus amigos tuvieron hacia la ETA, la banda Baader Meinhof o las Brigadas Rojas italianas, que confundían el terrorismo con la revolución social, exactamente como las centurias de la Falange.

El catedrático sigue evocando a mayo del 68 como un movimiento revolucio-

nario, la última esperanza de la revolución en el "primer" mundo. Sospecho que así la explica a sus alumnos, en cuyo museo de las eternas ideas debemos estar ya los jóvenes de aquellos tiempos. Yo me pregunto si lo ocurrido no fue lo contrario, si mayo del 68 no fue la gigantesca demostración del fin de las revoluciones, tal como las veníamos entendiendo en Europa y América desde el siglo XVIII. Una suerte de enorme *happening* con consignas literarias y fervores acerca de una refundación de la historia, un *happening* al que no asistieron ni los partidos de izquierda ni la clase obrera, y cuya secuela política, apenas perceptible, se redujo a algunos episodios autogestionarios en ciertas industrias de élite francesas. Si descontamos el reforzamiento del partido goliata, que encabezaba la gran reforma modernizadora de Francia, para adaptarla a la pérdida de su imperio colonial y ponerla al frente de la Europa tecnológica y democrática.

Es curioso, pero nadie asocia el recuerdo Raimon - mayo 68 con la insurgencia de Praga, que esa sí tocaba más de cerca y se parece un poco a la Europa de hoy, sin bloques y amenazada por el micronacionalismo que florece, oh paradojas del discurso ideológico, oh eternidad de las ideas, allí donde ha sido más fuerte la prédica del internacionalismo proletario y la solidaridad de los pueblos.

Mi amigo el catedrático parte a Boston, a meter la cabeza en la boca del lobo y encender la luz en la caverna, allí, en el cogollo del poder académico imperialista. Volverá cargado de libros nuevos y quejándose del viento helado que recorre esa ciudad inhóspita, erguida de cemento y aficionada a la hamburguesa con papas fritas. Entre tanto, me encuentro con su mujer, que acaba de llegar de un congreso feminista. No deja de reiterar recuerdos. En efecto, desplazando al conformismo proletario, las reivindicaciones del 68 eran protagonizadas por otros colectivos, los que pedían, desde el margen, un lugar en el centro: los negros, los homosexuales, los jóvenes y, naturalmente, las mujeres (que, además, podrían ser también negras, homosexuales y hasta jóvenes). Mi amiga carece de estos tres atributos, aunque alguno ostentó, en tiempos. Ha criado a sus hijos (que lo son del catedrático, rigurosamente), atiende su consulta de psicolingüista y acude a reuniones feministas, donde, en mi calidad de supuesto

crítico literario, he debido recibir opiniones acerca de la liberadora literatura femenina, su sintaxis y su gramática, opuesta a la opresora literatura masculina, que hegemonizó la cultura occidental en los últimos cinco mil años (¿literatura masculina? ¿la del bélico Homero y la del contemplativo Proust, toda revuelta? ¿cuáles son los caracteres viriles de esta viril actividad?)

Para conjurar el paso de los años, mi amigo el catedrático quiere mirar su madurez con los ojos de los veinte años, es decir los que siguen fijos en la eternidad de las ideas. Mi amiga la feminista se empeña en considerar el mundo desde una perspectiva exclusivamente femenina. Los jóvenes rojos del 68 se pueden volver viejos verdes en el 90. Verdes de ecologismo y de tiernas aspiraciones a una perpetua lozanía: el *evergreen*.

Algo similar ocurre con este feminismo radical. Hasta proclama valores éticos femeninos (la fraternidad, la igualdad, la solidaridad) frente a los caducos y crueles ideales éticos masculinos (competitividad, pugnacidad, inteligencia técnica, dominio y desprecio a la naturaleza, bellicosidad, etc.).

Me pregunto si este feminismo no incurre en la visión machista de la mujer, que tanto le preocupa y a la cual intenta criticar. En efecto, para el sexismo machista, la mujer no es individuo sino género (la Mujer, las mujeres); la mujer es distinta y su distinción es irreducible, como si se tratara de algo natural;

por fin, la mujer es sublime y perder esta sublimidad (maternidad, belleza, ternura y sumisión) es perder su identidad como *eidós* femenino.

Temo a esto de naturalizar los valores morales. Si ensalzamos un valor moral por ser masculino o femenino, también podemos ensalzarlo por ser ario, blanco o musulmán. Hacemos residir lo superior en una parcialidad: la raza superior. De nada vale que quitemos el lugar de superioridad al varón para darlo a la mujer. Último baluarte de una revolución imposible, mayo del 68 puede ser como este feminismo racista que se convierte en el último baluarte de lo Eterno Femenino, disuelto en la historia. □



En defensa del espíritu

Ernesto de la Torre Villar

La historia de la cultura presenta, como toda la historia del hombre, aspectos positivos y negativos, momentos de aliento y también depresivos. El hombre, su pensamiento, el conocimiento que de él deriva, han sido en todo momento objeto de restricciones, de todo

carácter: políticas, económicas, religiosas. Es la institución rectora de la vida político-social, la que impone a los individuos, tanto por razones políticas como económicas, limitaciones. Restringe por razones de superior gobierno, de conveniencia política la circulación del

pensamiento, la libre expresión de las ideas; pero por iguales sin razones, aprovecha el pensamiento, las ideas ajenas, el producto intelectual del hombre para beneficiarse. Lo que a veces restringe por inconveniencias políticas, trata de aprovecharlo para acrecentar sus recursos. Maligno y benéfico el pensamiento es manipulado según la coyuntura de la época, según la conveniencia que está en juego.

Los libros, los medios más eficaces de transmisión del pensamiento, de la circulación de las ideas, muchas veces han sido considerados como vulgares mercancías y a ellos se han aplicado gabelas, impuestos, cobro de supuestos derechos, pero a sus autores también se les ha estimado como mercaderes cuya producción hay que grabar como se grava la confección de zapatos, sombreros y sillas. Esta doble política se ha dado en varias épocas y momentos por funcionarios que dicen cuidar la integridad y ortodoxia del Estado y de la Iglesia, pero que también tratan de acrecentar los ingresos reales, a costa de restarles los beneficios que les son debidos a los estudiosos, a los hombres que con su saber enriquecen la cultura del pueblo y dan gala y esplendor a la República.

En la historia de todos los pueblos se ha dado ese doble juego, ese desconcertante tratamiento que si por un lado trata de limitar la libertad de pensar y manifestar por cualquier medio el pensamiento, por el otro estima que ese pensamiento y sus frutos debe aprovecharlos para acrecentar sus recursos, para engordar las arcas reales siempre necesitadas de fondos adicionales.

La historia, sin embargo, nos muestra cómo excelentes gobernantes han estimado a la cultura—que constituye hermoso conjunto de ideas— como una de las preocupaciones esenciales de su alta función de gobierno, y a los intelectuales, acatando las ideas expresadas por filósofos y humanistas de todos los tiempos, como seres que son como joyas, como personajes excepcionales a quienes se debe todo respeto y auxilio.

Los Reyes Católicos, quienes tuvieron graves aprietos económicos, prohibieron la formulación, redacción, impresión y libre circulación de los libros, y así dispusieron "que pues era provechoso y honroso que a estos reynos se trujesen libros de otras partes, para que con ellos se hiciesen los hombres letrados, quisie-

ron y ordenaron que los libros no paguen alcabala..." y disponían: "Mas que de todos los dichos derechos y diezmos y almojarifazgos sean libres y francos los dichos libros, y que persona alguna no los pida ni lleve so pena que el que lo contrario hiciere, caya e incurra en las penas en que caen los que piden y llevan imposiciones vedadas".

Pero no sólo era el fruto mejor del pensamiento, el libro, al que había que proteger de toda imposición, sino fundamentalmente a sus autores.

En diversos momentos, ese aprovechamiento de los beneficios económicos que el estado puede obtener por desconsideración del valor espiritual y moral de los libros fue censurado por prudentes, rectos y justos consejeros del monarca, apoyados en amplia y valiosa tradición humanística.

Uno de estos casos fue el del doctor Juan Bautista Valenzuela Velázquez (1574 - 1645), notable jurisconsulto, miembro del Supremo Consejo de Castilla y obispo de Salamanca, autor de numerosas obras de derecho, quien en el año de 1638, escribió notable pieza jurídica impregnada de densa doctrina humanística, mediante la cual protestaba contra una disposición real con la cual se trataba de obtener crecidos recursos para subvenir las necesidades de la corona. El Jurista que había sido también presidente de la Chancillería Real de Granada, que con la de Valladolid constituían los máximos tribunales españoles redactó una pieza titulada: *Discurso del Señor Doctor Juan Baptista Valenzuela Velázquez del Consejo de su Majestad en el Supremo de Castilla, y Gobernador de la Real Chancillería de Granada y Presidencia de ella, en razón de conveniencias que hay, para que Su Majestad (que dios guarde), ampare las letras y profesores dellas y no consienta que a los libros se cargue alcavala ni otra imposición*.

Esta obra que apareció junto con las de otros notables autores que solicitaban la misma gracia, debió parecer a los censores no obra molesta ni desmedida, sino una obra elogiada por su defensa y libertad de los libros y letras, "por lo que juzgaban se debía imprimir para que los profesores de todas letras, que por maestro dellas conocen a su autor, la veneren por defensor y padre, agradecidos a su mayor beneficio y mejor defensa".

Las razones fundamentales que escogió Valenzuela Velázquez son esencialmente jurídicas y culturales. Afirma que si bien el monarca tiene autoridad para dictar las normas que considere convenientes, éstas no deben contrariar las existentes si salvaguardan derechos justos y positivos. Señal que la idea de innovar por innovar no es buena, puesto que la mudanza de las cosas correctas acarrea odio y peligros.

Es de opinión Valenzuela que los libros recogen toda la sabiduría, y que los pensamientos de los varones de fama y nombre en ellos se concentran, por lo cual conviene fomentar los estudios, ya que ellos impulsan a los hombres a adquirir la virtud y altas calidades del alma, pues su quietud y madurez procede primero de Dios y después de las letras y la sabiduría. Los estudiosos, afirma, son no sólo ornamento de la república, sino auxilio y fundamento de ella y sin ellos todo sería sordidez y tinieblas y la vida sería feroz o más verdaderamente de fieras. Esta parte de su argumentación la apoya en una cita de Cicerón que afirma que: "los estudios de las letras encaminan y forman en bien la adolescencia, deleitan la vejez, son de ornamento a las cosas prósperas, y en las adversas son refugio y causan consuelo, deleitan en casa y no impiden fuera, trasnochan con nosotros y peregrinan y aún nos acompañan en los ministerios de la aldea." Esta recia opinión de Cicerón la confirma con una atinada reflexión de Juan Luis Vives, en torno de los estudios, de los estudiosos y de la necesidad de auspiciar a unos y a otros. La afirmación del genial valenciano gloria de España y cuyas obras sirvieron para formar a los estudiantes mexicanos, reza como sigue: Los estudios "sazonan las cosas alegres y moderan las tristes, reprimen los ímpetus temerarios de la juventud, alivian la molestia tarda de la vejez, en casa, fuera, en público y en particular, en la soledad, en la frecuencia, en el ocio, en los negocios nos acompañan y hacen preferencia y aun nos presiden, favorecen y ayudan".

Y adelante complementando estas ideas afirma que el saber que se adquiere en los libros y que torna a los hombres prudentes y sabios es bien apreciable, pues son los hombres doctos quienes guían al estado con sus luces y virtudes, los que resuelven los problemas graves de gobierno, los que encauzan a

la república a superarse. Por ello, los hombres sabientes son muy útiles a la república ya que sin ellos las ciencias y artes no alcanzarían la perfección.

De los hombres de estudio tiene don Juan Baptista la más alta opinión. Estima que su misión es muy importante y básica pues ella revela el progreso y civilidad existente, y por tanto no debe subestimarse sino por el contrario prohibirlas. Apoyado en renombrados juristas opina que el monarca debe favorecer a los estudios y a los estudiosos y no gravarlos ni subestimarlos. "Debe el Rey —escribe— tener mucho cuidado que en su reino florezcan los estudios de las letras y que en ellos haya muchos sabios e ingenios, porque sus súbditos no estén envueltos en las tinieblas de la ignorancia."

De esos sabios, transmisores del pensamiento, creadores de ideas, Valenzuela Velázquez tiene notable opinión. Ésta la confirma cuando a lo largo de su alegato en defensa de la cultura y quienes la forman, utiliza preciosa cita de Juan Gersón que subraya la utilidad del escritor y que es la mejor apología concentrada de su misión. "Merecen vida eterna —escribe el docto tratadista— los que con intención de aprovechar a sus próximos escriben, porque escribiendo enseñan, estudian, comunican lo que saben, dan luz y claridad a los que los leen, honran, arman y defienden la iglesia de Dios, y para ello no tienen en cuenta con su vida y salud. Sufren muy grandes trabajos y molestias por aprovechar a otros."

En estas y otras muy atinadas opiniones apoya Valenzuela su alegato. Exhortó al monarca, a quien calificó de buen rey, a derogar la disposición de gravar su trabajo, no importando las razones que algunos de sus ministros hayan tenido inescrupulosamente para proponerla y aconsejó al rey que se permitiera que una larga tradición de protección al saber y a la cultura que honró a sus predecesores se pierda, y que en su reinado, "se venga a hacer el entierro y funeral de la letras" como había ocurrido en otras partes.

De esta suerte, en una época que muchos han considerado atrasada se defendía el saber, a los estudiosos y a los libros, esto es al pensamiento actual. En una época de modernización y apertura democrática estos ejemplos deben ser tomados muy en cuenta, pues un estado que protege a la cultura y a sus portadores, es digno de eterna recordación. □

El cascabel del gato Arte latinoamericano en el MOMA: una ocasión perdida

Damián Bayón

A Brian Nissen, que me animó a escribir esta pendenciosa nota

Es la segunda vez que tengo oportunidad de ver esta exposición organizada por el Museo de Arte Moderno de Nueva York. En cuya ciudad se titula "Artistas latinoamericanos del siglo XX". Antes, fue sucesivamente mostrada —aunque con ciertas variantes— en: Sevilla (al tiempo de la Expo 92), en el Centro Pompidou de París, en el Museo Walter de Colonia, para volver ahora a Nueva York, donde la planearon.

Pienso referirme aquí sólo a esta última presentación, aunque comparándola con la de París que encontré mucho más equilibrada, gracias a la labor de sus comisarios franceses. Si en principio se trata de la misma muestra, el defecto fundamental de la selección se pone mucho más en evidencia en el MOMA de lo que fue en el Pompidou.

Tal vez haga falta un mínimo de historia: hace ya unos quince años que Waldo Rasmussen —director del programa internacional de museos en el MOMA— pensaba en una exposición de arte latinoamericano. Pasó el tiempo sin que pudiera llevarse a cabo el proyecto hasta encontrarse, en 1992, con la oportunidad de organizar el mencionado circuito europeo. Como el dicho organizador parecía aficionado a lo latinoamericano y había gozado de numerosas misiones por el continente, se podía pensar que su selección no resultara tan arbitraria, y sobre todo, tan desequilibrada.

Un pequeño folleto —el catálogo estará listo más adelante— nos proporciona algunas cifras concretas: cerca de trescientas obras de unos noventa artistas intentan representar la pintura latinoamericana de este siglo (la presencia escultórica resulta por demás escasa). Y si —como nos afirman— es la mayor ex-

posición en su género, más aun se confirma la impresión de una única y excelente oportunidad perdida.

Parece por demás evidente que las fallas más notorias consisten en la ausencia de muchos nombres importantes de la generación intermedia, y la sobrevaloración de ciertos jóvenes artistas, varios de los cuales actúan en Nueva York. Si el conjunto cubre setenta años de producción, lo lógico hubiera sido tener en cuenta las tres generaciones sucesivas de artistas: los nacidos a fines del siglo pasado y comienzos del nuestro; aquellos que llegaron al mundo entre 1920 y 1930; terminando con los más jóvenes, a partir de los años 40.

El partido adoptado en Nueva York es por tendencias (en París lo era cronológico y por países). Los comisarios del Pompidou lograron en préstamo una considerable cantidad de obra del grabador mexicano José Guadalupe Posada, y del posterior "Taller de la gráfica popular", lo que constituía una excelente introducción al muralismo. En el MOMA se empieza por el período cubista de Rivera y se lo acompaña con los brasileños Tarsila do Amaral y Rego Monteiro, formados también en Europa. El plato fuerte es —en ese punto— un fragmento de fresco de Rivera *El agrarista Zapata*, uno de los tesoros del museo que prácticamente no se muestra nunca.

Siguen salas más confusas: Segall, Guignard, Di Cavalcanti, Portinari representan al Brasil; Figari, Barradas y Cúneo al Uruguay; Reverón —con varios cuadros— a Venezuela; mientras que el aporte argentino es un solo Berni (1934), varias acuarelas de Xul-Solar, con la más que imperdonable ausencia de Pettoruti, gloria de su país. A continuación viene el México fantástico y el muralista.

Si bien era presumible que —dada la moda de la que goza— se mostrara mucha obra de Frida Kahlo, es bueno que aquí comparta el honor con María Izquierdo. En cambio, resulta desconcertante que haya sólo una acuarela de Mérida y ninguna obra de Gerzso ni de Soriano. Otra cosa que sorprende es la escasez de Tamayos, sin duda, uno de los mayores artistas del siglo. Frente a la proliferación de Riveras, Orozcos y Siqueiros (propiedad del MOMA), para que el equilibrio entre ellos y Tamayo quedara establecido hubiera habido que lograr más cuadros del pintor de Oaxaca, en vez de contentarse con tres telas relativamente pequeñas. En esa gran sala de maestros, aparecen igualmente los primeros cuadros de Matta y varios de Lam, correspondientes a distintos períodos. En una palabra, esa primera tanda queda honorablemente estructurada.

La falta capital se va a producir, pues, en referencia a la segunda generación, en donde los olvidos son mayores que los recuerdos. Aquí la aberración radica en no haber incluido a ciertas personalidades fuertes. Habría que especificar que las carencias se refieren, sobre todo, a los abstractos líricos —informalistas o no—: Szyszlo, Antúnez, Felguérez, Rojo, Fernández Muro, Sarah Grilo, Ocampo, etc.; y a muchos de los mejores figurativos como el argentino Macció, el nicaragüense Armando Morales, el brasileño Antonio H. Amaral, el uruguayo Gamarra, el mexicano Toledo y algunos cuantos más que —involuntariamente— olvidado. Se libraron de esa arbitrariedad sólo unos pocos: Seguí, Noé, De la Vega, Jacobo Borges, Botero, con lo cual no queda —por cierto— agotada la lista de la que he llamado en otra ocasión la "figuración crítica".

En cambio, para mi agradable sorpresa, el arte constructivo y cinético: uruguayo, argentino, brasileño y venezolano están correctamente presentados. En esas salas y alrededor de Torres —García y su escuela "del Sur" aparecen nombres como el de Hlito, Maldonado, Vardánega y —sobre todo— los de Arden Quin y Kosice coinventores de MADI. Por aproximación, al lado de esos rioplatenses se descubre a Lygin Olack, Citiades, Camargo, Velpi, brasileños con características propias que no desentonan allí en esa vecindad. Resulta demasiado concentrado el despliegue de los cinéticos "clásicos" como el argentino

Le Parc (su compatriota Tomasello brilla por su ausencia), y los venezolanos más famosos: Otero, Soto, Cruz-Díaz, cuyas máquinas ópticas no gozan de la perspectiva necesaria para lucirse. Con ellos concluye la primera parte de la muestra.

La disposición misma de las salas del MOMA, obligó a separar en dos plantas el extenso material, con el resultado de que el cambio de nivel pone aún más en evidencia el desequilibrio entre la presentación de los valores fijos y la de esos otros creadores más jóvenes a quienes voy a llamar —genéricamente— los "experimentadores": tanto conceptuales, como los practicantes de las recientes "instalaciones". La superficie disponible queda —así— ocupada por las producciones de unos treinta artistas, entre los cuales encuentro apenas un tercio que merecería figurar. La diferencia entre las dos versiones de la misma muestra es aquí flagrante y consiste, pues, sobre todo en que los comisarios franceses limitaron las fechas: 1911–1968, para lo que se mostró en el Pompidou. Al decidir no colgar allí todo el caudal que les llegaba de Nueva York —vía Sevilla—, enviaron parte de los trabajos conceptuales a otro local, el llamado "Hôtel des Arts", institución pública situada en otra región de París y a la cual el público no acudió mayormente, en razón de lo abstruso de su contenido.

En el dicho subsuelo continuaron los problemas de exclusión: queda dicho que resultaron privilegiados algunos latinoamericanos de Nueva York. Es el caso del uruguayo Camnitzer, de los chilenos Díaz, Dittborn y Jaar que hace mucho actúan en la órbita de lo conceptual. En cuanto a la argentina Liliana Porter, resulta siempre más accesible al público con sus ingeniosos *trompe l'oeil*. Sin embargo, el peruano Ramiro Llona, pese a pertenecer a la misma generación y la misma ciudad, no fue invitado a participar.

En esa última sección, pueden verse un "retrato-collage" de la segunda época de Berni y unos precursores y violentos cuadros del inadvertido De la Vega, que —unos y otros— deberían de constituir el "puente" entre los antiguos y los modernos. A veces esa transición llega a establecerse, como en el caso de los argentinos Benedit y Kuitca, de los mexicanos: Galán, Rocio Maldonado —"estrellas" del momento—, aunque no figuren allí otros nombres como los de Irma Palacios, los hermanos Castro Leñero o Macotela.

La incompreensión general llega a su límite ante las enormes "instalaciones", vacuas —en todo sentido— que ocupan mucho espacio y no se justifican a través de ningún criterio estético. Hay que convenir que, en ese sentido, los más exagerados son casi siempre los brasileños como: Anita Díaz, Frida Baranek, Leirner, Caldas, Meireles, Resende, que despliegan en los blancos ámbitos sus heterogéneas colecciones de objetos que se supone quieren significar algo.

Varias excepciones: por ejemplo, el aporte del colombiano Salcedo, irónico "torturador" de viejas fotos convencionales a las que desacraliza con filas de clavos y tornillos en el lugar de los rostros. Constituyen también un alivio visual los delicados paisajes tropicales del cubano Sánchez, los cuadros vagamente figurativos del brasileño Sonise y las refinadas telas monocromas del argentino Paternostro, cuando no los salvajes retratos inventados del puertorriqueño Roche Rabell, más un muñeco tallado en madera policromada de la venezolana Marisol y —sobre todo— las admirables esculturas en piedra del uruguayo Fonseca, pequeñas, aunque siempre se nos aparezcan como monumentales.

Hay que decir, claramente, sin rodeos, hasta que punto la apuesta de la parte final de la exposición mostraba el afán de "estar a la moda, tal como acaba de ocurrir en la Bienal del Whitney, demolida —cruelemente— por el crítico Robert Hughes en su temida y famosa página del *Time*. Sí, la exposición del MOMA fue concebida y nació defectuosa. Los organizadores pudieron documentarse, los libros existen: en inglés los de Dawn Ades, Fraser-Baddeley y Lucie-Smith; en francés el de Bayón y Pontual; sin contar los más numerosos en español y portugués. No se justifica que, ni los responsables ni los críticos de los grandes diarios los ignoren a ese punto.

¿Cuándo se atreverá el MOMA a rehacer la aventura? Nunca, fácil es pronosticarlo. En estos últimos años hubo buenas exposiciones latinoamericanas en Nueva York: una de ellas quedó en el "ghetto" puertorriqueño del Bronx, y tuvo una mísera crítica en la prensa local; otra —que se generó en Indianápolis en 1987— fue ignorada cuando se la presentó en Queens. Sólo ésta —la más discutible— fue típica creación de un Manhattan sofisticado que decide lo que es bueno y lo que es malo en un

arte que no acaba ni de conocer ni —menos aun— de comprender. Ojalá este esfuerzo, que nos desanima a los latinoamericanos: artistas, críticos, públi-

co, tenga algún efecto positivo. Lo deseo —sinceramente— pese a mi confesada decepción. □

Nueva York, junio de 1993

Tabacos retorcidos

Jaime Moreno Villarreal

En memoria de Severo Sarduy

Había pasado toda la noche fumando tabacos retorcidos...

S. S., "El manuscrito"

Mallarmé, que era de estatura pequeña, se recostaba frecuentemente contra la estufa de cerámica de la chimenea, sobre la que se acodaba a veces para fumar su pequeña pipa de madera.



Retrato de Mallarmé, por Whistler.

En otras ocasiones, mientras continuaba con su conversación, iba a rellenar esa pipa a un recipiente que había sobre la mesa, para el uso de los visitantes. Efectivamente, muchos de ellos fumaban, de modo que al poco tiempo el dueño de la casa quedaba envuelto en una espesa nube, como en los retratos de Carrière. Había que abrir una o dos veces las ventanas, sobre todo durante el verano.

Alfred Poizat, *Le Symbolisme*, 1924

Hasta que daban las diez, los martes, Mallarmé se limitaba a recibir a sus invitados, a hacer presentaciones con unas cuantas palabras amables, a ir a abrirles la puerta del pequeño recibidor. Para entonces llegaba, ligera y silenciosa, la srita. Geneviève Mallarmé, alta, soñadora, con los hermosos ojos un tanto separados y la sonrisa de su padre, trayendo ponches para todos y retirándose al poco tiempo. Era entonces cuando comenzaba, entre el humo azul, la verdadera sesión en la que el primer tema que brotara daba el pretexto de toda una cadena de alusiones al maestro, para quien nada en el universo estaba aislado.

Camille Mauclair,
Mallarmé chez lui, 1935

Por fin él dejaba libre esa sensibilidad que puede tejer en torno a la Idea pura una cautivadora gasa de impresiones fugaces y efímeros encantamientos, de la que exclusivamente puede nacer el armonioso desarrollo de la obra.

Camille Mauclair,
Stéphane Mallarmé, 1893

La voz no era menos atractiva: melodiosa, en sordina, cautivaba con un timbre exquisito y repentinas notas agudas. Sólo tiempo después comprendí la razón de esta rareza vocal, cuando Mallarmé se asfixió casi súbitamente por un espasmo en la laringe, debido evidentemente a un padecimiento que no supimos suponer ni adivinar.

Camille Mauclair, *Mallarmé chez lui*

Mallarmé era casi el único que hablaba. Las *Divagaciones* que publicó en consecuencia ofrecen algunos destellos muy exactos de sus palabras.

André Gide, *Feuillets d'automne*, 1946

Ayer volví a encontrar mi pipa mientras soñaba con una larga velada de trabajo, de buen trabajo invernal. Había arrojado al pasado los cigarrillos junto con todos los gozos infantiles del verano que iluminan la correspondencia postal de sol, las muselinas, volví a levantar mi grave pipa de hombre serio que quiere fumar largamente sin mortificarse, a fin de trabajar mejor: pero no me esperaba la sorpresa que me deparaba esa abandonada, en cuanto di la primera bocanada, olvidé mis grandes libros por hacer, maravillado, conmovido, respiré el aire del último invierno que retornaba.

Mallarmé, "La Pipe" (1864)
en *Divagations*, 1897

En los tiempos heroicos de 1885 y los años inmediatamente posteriores, estábamos en familia, y puedo vernos hoy fraternalmente, filialmente sentados en torno a la mesa, mientras él está de pie frente a la chimenea. Los nombres han sido frecuentemente enlistados: Rodenbach, Gustave Kahn, Laforgue, Saint-Pol Roux, Fénéon, Charles Morice, Ajbalt, René Ghil, yo, Wyżewa, Merrill, Vliet-Griffin, Henri de Régnier, Mockel, Herold, Fontaines; Moréas muy de vez en cuando; un poco después Gide, Pierre Louys, Valéry, Paul Fort, Claudel, Robert de Souza; también Claude Debussy, Paul Adam, Barrés, y su primo Victor Margueritte; algunos otros cuyos rostros se me escapan; a veces, extranjeros de paso por París, como Stefan Georg, Arthur Symons, John Payne, Charles Whibley, Houston Stewart Chamberlain, discretos y deferentes. Las risas de Villiers y de Whistler eran como interludios que no interrumpían la comunión. Raras eran las visitas de los profanos como Octave Mirbeau, Heredia, Théodore Duret y el execrable Oscar Wilde, a quien nuestra muda reprobación debió haber enseñado que no se asistía a casa de Mallarmé para ponerse a discurrir.

Édouard Dujardin, *Mallarmé par un des siens*, 1936

Wilde vendrá esta noche. Hay que esconder los cubiertos de plata.

James M. Whistler, "Petit bleu à Mallarmé", s. f.

Whistler no acusaba sin razón a Wilde de sacar utilidad donde la hallara, y Wilde tenía prevención del temible humor del pintor. Un día que el norteamericano había lanzado una de sus ocurrencias [en casa de Mallarmé] Wilde exclamó: "¡Hombre, qué gracioso! ¡Cuánto me hubiera gustado haberlo dicho yo!" A lo que el pintor respondió con sorna: "No te preocupes, Óscar, sé muy bien que lo dirás."

Camille Mauclair, *Mallarmé chez lui*

Hay una litografía de Mallarmé, reproducida en el volumen *Vers et prose*, que, a los que lo conocimos, nos recuerda al hombre como ningún otro retrato. Es tenue, evasivo, una bruma de líneas y espacios que parecen resultado de un feliz accidente [...]. No obstante costó a Whistler cuarenta intentos llevar este último toque de improvisación a su retrato. Tuvo éxito, pero ¿a costa de cuántos esfuerzos? "Toda huella de los medios para llegar a este fin ha desaparecido", ¡después de qué labor tan trabajosa, tan formidable!

Arthur Symons, *Studies in seven arts*, 1906

Este otro retrato, reciente, por Whistler, en donde el rostro aparece esfumado, aterciopelado. El azul tibio de los ojos se ensombrece. El bigote aéreo se confunde con una barba corta, puntiaguda, que encanece y añade un invernal copo de nieve a la base de este rostro que contemplamos como un reflejo, que parece visto a través de un espejo o en el agua. Es el poeta tal como subsiste en la memoria, ya retirándose, fuera del tiempo, como se verá en el futuro. Apenas un trazo en la mano más acabado y que lo devuelve un poco a la vida, ese gesto contorneado, de una inflexión suya muy particular al tomar el cigarrillo o el puro, fumador continuo que no está dispuesto a dejar de interponer ni un minuto el humo entre él y la multitud. De ese modo se aísla, se aleja de la vida, entregándose totalmente al Sueño.

Georges Rodenbach, "Stéphane Mallarmé", 1899

A Whistler se debe, me parece, el retrato más evocador del poeta, en el que los que lo amaron lo ven resucitar: casi imaterial, a punto de disolverse en el azul con el humo de su cigarrillo.

Mme. C. Lefèvre-Roujon, *Correspondance inédite de Stéphane Mallarmé et Henry Roujon*, 1949

Una obra maestra: esa nadería sobre el papel de cigarrillos que parecería arrojada por Whistler en una improvisación deslumbrante.

Francis de Miomandre, *Mallarmé*, 1948

Es un gran fumador, "aunque sólo sea para interponer el humo entre la multitud y uno mismo", como él dice aristocráticamente.

Georges Rodenbach, "La fête chez les Parmassiens", 1895

El terrible espasmo de asfixia que acaba de sufrir puede repetirse durante la noche y acabar conmigo. Por esto no debe sorprenderles que piense en el montón cincuentenario de mis notas, que se convertirá para ustedes en un gran estorbo, dado que no hay página que sea de utilidad. Yo soy el único que podría sacarles lo que contienen... Lo hubiera hecho si los años que me faltan no me hubieran traicionado. Quemen todo, por lo tanto: no hay allí herencia literaria, hijas queridas. No expongan nada al juicio de nadie: rechacen toda ingenuidad curiosa o amistosa. Díganles que nada se puede discernir, lo que por otra parte es cierto; y ustedes, mis pobres desfallecidas, los únicos seres en este mundo capaces en este punto de respetar toda una vida de artista sincero, créanme que debía ser muy hermosa.

Mallarmé, "Recommandation quant à mes papiers (Pour quand le liront mes chéries)", carta a su esposa y su hija, 8 de septiembre de 1898

Queridos amigos, no he podido escribirles hasta ahora, demasiadas cosas horribles han ocurrido en los últimos quince días.

Nunca había gozado el amigo de ustedes de tan buena salud como este año, jamás había estado tan contento, y esa radiante felicidad había iluminado a todo

el mundo. En tres días nos fue arrebatado. Sufría de un malestar muy doloroso en la garganta, pero no grave, según el médico; todo seguía su curso cuando sobrevinieron horribles espasmos nerviosos, independientes de su malestar de la

garganta, crisis de asfixia tales que se nos quedó entre los brazos durante una visita médica. Ay, amigos, ¡qué desgracia!

Geneviève Mallarmé, "Lettre adressée aux Rodenbach", 22 de septiembre de 1898

Viejas noticias

Hugo Diego Blanco

China es una sólida esfera de jade; extraña, autosuficiente. Si recogemos hoy el polvo de los lugares comunes que envuelven su imagen es posible reunir fragmentos de historias medievales y de fábulas renacentistas. También encontraremos vestigios de aquel desatino que piensa en mundos diferentes para consolarse con el sentimiento de conquista y el ingenuo gozo que alivia las desdichas de nuestra cultura idealizando la sabiduría de otra. Merodear por los pasajes de la filosofía china tal vez sea otra forma de reír.

Una mirada incidental sobre las noticias que aparecen en los diarios nos permite reconocer sombras y claridades de esa inclinación por descubrir en China un territorio de acontecimientos extraordinarios. Las relaciones comerciales entre China y Japón seguramente significan un asunto importante pero el encuentro entre el emperador nipón Akihito y Pu Jie, el último sobreviviente de la dinastía Qing, confunde la linealidad del tiempo y susurra la historia de un desencuentro de dos mil años. Ningún emperador japonés había caminado en la Ciudad Prohibida. Pu Jie regaló una caligrafía a Akihito; palabras convertidas en flechas que atraviesan el corazón de una cultura replegada.

En los mismos días en que el Grupo de Enlace Conjunto reunía a representantes de Gran Bretaña y China para conversar sobre el futuro de Hong Kong, un diario vespertino dejaba a un lado el enfrentamiento verbal entre

Tony Galsworthy y Guo Fengmin para destacar un hallazgo que bien podría formar parte de las *Historias fantásticas de un diletante* de Pu Sung-Lin. Según la agencia EFE, en la ciudad de Chengdu fue descubierto un ejemplar del Corán de dos centímetros de ancho por tres de largo y un centímetro de grosor. Las historias contenidas en aquel minúsculo universo no pesan más de seis gramos y se encuentran protegidas por un estuche de metal cuya capa superior es una lupa como las que admiró Marco Polo. El relámpago de ideas y sentimientos que Alá inspiró a Mahoma es protegido en su pequeña versión por un musulmán de cerca de cien años que desconoce el origen del libro y su antigüedad. Una herencia bajo la forma de un texto que surge entre tradiciones budistas, taoístas y confucianas y que se comprime para convertirse en el signo de una escritura interminable. Las noticias sobre China tienen algo de desmesura; vuelven nuevo lo viejo. Los arqueólogos que descubrieron Gurvan Gol, la capital del reino mongol, convierten a Ghengis Khan en noticia. La imagen de Shi Huang Ti, el emperador que ordenó destruir los libros de Confucio, aparece en un suplemento infantil dominical con un bigote delgado y venerable, frente a sus ojos se encuentra escrita una leyenda: "¡El constructor de la muralla China tenía trece mil ciento cuarenta esposas, un palacio de diez mil habitaciones y nunca durmió en la misma habitación dos veces en un período de veintisiete años!".

Las noticias sobre la explosión demográfica en China no se agotan en las estadísticas. Lo que la prensa llama la fase crítica del crecimiento de la población es ilustrada con relatos de turistas que padecen ataques claustrofóbicos al verse rodeados por tantos chinos. *Tener más de un hijo es ilegal en China*. No es difícil encontrar referencias entre demografía y alimentación. La naturaleza prolífica de los chinos y su comida exótica es otro lugar común: *las ratas figuran en los menús de Cantón. Entre las recetas sugeridas figuran: espárragos fritos con rata, ratas al vapor con hojas de loto, sopa de bambú y rata combinada con raíces medicinales*. Los índices de mortalidad también son dibujados con líneas peculiares: "Aunque la expectativa de vida de los chinos se ha extendido hasta los setenta años, un buen número de intelectuales mueren poco después de cumplir los sesenta años, o aún siendo cincuentones. Un estudio realizado el año pasado demostró que alrededor del setenta por ciento de quienes tenían puestos profesionales superiores al del nivel de ayudante de profesor, murieron antes de cumplir los setenta y cinco años." El espectro de los antiguos letrados pisa la sombra de los nuevos intelectuales y la montaña en donde se reunían los inmortales se ha escondido en el mar del sur de China.

Cuando lo extraordinario se repite muchas veces deja de serlo. Esta es una frase de Octavio Paz que leí algún día y que no he podido encontrar en sus libros para citarla fielmente. No creo haberla soñado. Tampoco creo que los diez mil sueños que el Oriente nos sugiere puedan agotarse. Seguiremos encontrando junto a las tablas bursátiles de los diarios noticias que hablan de monstruos marinos de más de cien años de edad hallados en el Yang-tse o la leyenda del Hui Tsung para quien tres cosas constituían las peores desgracias del mundo: la pérdida de la juventud por una educación falsa, la profanación de las mejores pinturas al exponerlas a las miradas vulgares y la perversión del té manipulado por manos inexpertas. También en un diario leí que cuando Montaigne visitó la Biblioteca del Vaticano quedó cautivado por un libro escrito "en caracteres extraños" proveniente de China. La esfera de jade sigue girando.

□

Atril del melómano De tecnología sonora (y tecnología sin más)

Luis Ignacio Helguera

Ya está: con todo y el texto que hace tiempo publiqué bajo el título "Ventajas de la victrola" para curar mis envidias y también burlarme de los aparatistas sofisticados, amigos míos algunos, que presumen en su altar a la música cada adición hecha, cada milimétrico progreso de su confort, cada botoncito agregado a su ultramoderno equipo de sonido, con todo y todo, el Compact-Disc Digital Audio que hace tiempo me regaló una tía vorazmente operómana, es uno de los instrumentos que de manera más cotidiana manipulo.

La pasmosa fidelidad sonora, la transmisión literal de sutilezas tímbricas y armónicas, recomendable no sólo para músicos, musicólogos y críticos musicales —que la explotan como instrumento de trabajo— sino también para melómanos o simples oyentes siempre y cuando puedan ir más allá de Gloria Trevi y familia —que carecen de sutilezas tímbricas y armónicas y melódicas y rítmicas y...—, es la principal pero no la única de las virtudes de este pequeño aparato y sus disquitos compactos, satélites voladores que de veras aterrizan más netamente en el oído. Está también, precisamente, el formato diminuto, compacto, sideral, de la tornamesa y los satélites voladores grabados por una sola cara y con mucho más larga duración que la de sus antecesores, los 33 revoluciones ya nada de revolucionarios de acetato. Pues la reducción del tamaño simplifica enormemente las mudanzas en esta era altamente mudable —tanto que dan ganas de mudarse de ella—, y economiza el espacio hogareño y laboral, así sea sólo falazmente, pues como casi no ocupan sitio, entonces a comprar y comprar pignos y compactos disquitos hasta rebasar en metros la antigua discoteca hecha entonces de ahora contrarrevolucionarios

cilindros de 78 y 33 contrarrevoluciones. Creo que la fiebre comercial —por mí contraída, desde luego— del compact disc tiene que ver también con esa sensación no auditiva, táctil, de comprimir con las manos una cajita que a su vez comprime muchos minutos de música a su vez compacta o no.

Hay, por supuesto, encantos suplementarios. Por ejemplo, la cronometración de la música o que con sólo alargar, ya no digamos el dedo índice, por favor, el mefrique, seamos transportados de un movimiento a otro, diferenciados con claridad numérica, aunque musicalmente no lo estén, como en el Concierto para la mano izquierda de Ravel, o recorramos velozmente pasajes de una obra hasta localizar el que deseamos escuchar, despreciando aquel prehistórico doctorado en tiro al blanco e inyecciones a ciegas y locas con la aguja en el cilindro.

Presumíamos, se acuerdan, nuestras fundas maltrechas, los rayones infaltables en los 33 a fuerza de oídos y ruidos, rayones que hablaban del amor, de las obsesiones —y toda obsesión es memoriosa y toda memoria, obsesiva. No hay casi registro de nuestro uso, no hay memoria nuestra, en cambio, en estos prácticamente invulnerables satélites musicales.

Son notables, sin duda, pero tampoco es cosa de caer en el snobismo de "yo ya sólo puedo oír en compact", pues por veloz que vaya la recuperación de grabaciones en discos compactos, el ritmo y la imperiosidad de la melomanía son mayores y arrastran en su torbellino cintas y cilindros comunes, verdaderas reliquias a veces.

Pero, pienso, el gran problema en que hay que reflexionar es, como ante toda alta tecnología, si los cambios que introduce en nuestra manera de vivir son realmente tan buenos como la pragmá-

tica quiere hacerlo ver. Así como la videocasetera doméstica hace cada vez más dura competencia a las salas de cine, así los videoclubs y los discos compactos son de tan alta fidelidad que la tentación de corresponder a ella, sí, fielmente, quedándonos en casa, yendo cada vez menos a conciertos, es irresistible. Y era antes la aventura, la prueba del amor al arte eso de salir a la calle por algo inaccesible en casa: la película, el concierto. Ciertamente la música viva será siempre experiencia insustituible —cuando menos hasta que la *high technology* no opine lo contrario—, pero no hay duda de que la relación con ella fue mucho más intensa en épocas menos tecnológicas, en que era común que en lugar de estar pegados a la televisión y los nintendos, los niños supieran tocar un instrumento musical. Me parece muy curioso que no se hable de la diferencia entre instrumentos artísticos y tecnológicos: los primeros, cuando menos los musicales, son un medio y un fin de la expresión, mientras los segundos sólo son un medio que muchas veces acaba siendo un fin; los primeros son inofensivos, los segundos no.

La totalitarización tecnocrática fabrica, sin embargo, el espejismo de que las máquinas son meros instrumentos del hombre en el camino del Progreso, esa vieja quimera. Pero la alta tecnología nunca es neutral, es siempre un juguete peligroso, como prueba con creces la catástrofe ecológica actual. Hay que estar ciegos para no ver que la devastación tecnocientífica de la naturaleza es por definición un suicidio ontológico y cósmico.

Yo creo que todos estos maravillosos artefactos, la computadora, el teléfono celular, el fax, etcétera, que cotidianamente manipula una mayoría, responden, como toda alta tecnología —la del lápiz y el papel o el instrumento musical es de la baja—, a necesidades y problemas que nos hemos creado a partir de la propia alta tecnología. El fax es un instrumento formidable sólo porque la vida "tiene" que ser acelerada y porque los desplazamientos en las grandes metrópolis son cada vez más conflictivos a causa de las aglomeraciones automovilísticas.

"Cuidado con la cibernética: pronto se verá que la cosa no es tan simple", advertía en 1969 Martin Heidegger. A los asombrados reporteros de *Der Spiegel* les habrá parecido grotesco entonces que el filósofo recluso en su cabaña de la Selva Negra no se quejara, como hace

todo el mundo, de que los servicios y las cosas no funcionan, sino *de que funcionan*: "Todo funciona —le dijeron—. Se construyen más y más obras eléctricas. Se producirá cada vez más inteligentemente. Los hombres están bien abastecidos en la parte altamente tecnificada de la Tierra. Vivimos un bienestar general. ¿Qué falta aquí?" Heidegger

respondió: "Todo funciona, eso es lo inquietante, que todo funcione y que el funcionamiento nos impele siempre a un mayor funcionamiento y que la técnica de los hombres los separe de la tierra, los desarraigue cada vez más. (...) Tenemos puras relaciones técnicas. No hay un rincón de la tierra hoy donde el hombre pueda vivir". □

Paisaje de la ciencia Max Perutz: una vida en el frente

Carlos Chimal

Este año se cumplen 40 luego del descubrimiento de la estructura del ADN, la molécula de la vida, hecho que ha transformado profundamente el curso de la historia. Hace algunas semanas hubo una serie de actos conmemorativos en Cambridge, dado que Crick y Watson trabajaban en esa ciudad cuando encontraron finalmente la doble hélice. Watson ofreció una charla, *New Scientist* dedicó un número al acontecimiento y se devolvió una placa en el edificio donde iniciara sus actividades el Medical Research Council (MRC), mientras que la reproducción de la estructura helicoidal en la entrada de la casa donde habitó Crick ha sido removida. Y es que todo mundo agradecía el esfuerzo de quienes la hicieron posible, pero no dejaba de ser significativo en cuanto a la comprensión pública de la ciencia ¡que la pieza girara en el sentido contrario a como lo hace en la realidad! Por otra parte, el *Eagle*, el pub donde la pareja de investigadores encontró inspiración, reabrió sus puertas después de algunos años de haber permanecido en silencio.

Pero este es sólo uno de los momentos culminantes en el maratón de la ciencia y, en particular, en las ciencias de la vida. Otros sucesos cruciales que han impulsado decisivamente la investigación también tuvieron lugar en Cambridge durante los últimos 60 años. Fue aquí donde nació la Biología Molecular,

cuyas aportaciones han revolucionado la medicina de nuestros días. Fue aquí donde hace casi 50 años Max Perutz, Premio Nobel de Química 1962, junto con David Keilin, uno de los más grandes bioquímicos y parasitólogos del siglo, iniciaron la unidad Cambridge del MRC. Nacido en Austria y nacionalizado inglés, Perutz obtuvo el premio junto con John Kendrew por su trabajo sobre la estructura de la mioglobina y la hemoglobina. He aquí parte del relato ofrecido a *Vuelta* por este judío católico, tal vez uno de los últimos que, a la manera de Popper, culminan la herencia de 2 500 años de hacer filosofía natural. No es una exageración. Los filósofos de la ciencia posmodernos, NAT (New Age Travellers) y anexas se cocinan aparte, y a ello echaremos un vistazo junto con Carlos López Beltrán en fecha próxima. ¿Hay equivalentes en la misma investigación científica? Ese es otro panorama por mostrar.

Max Perutz es un tipo a quien parece posible abordar con facilidad, y sin embargo una lesión en la espalda le impide permanecer largo rato de pie. Menudo, de expresión cordial, inmediatamente incluye un gesto de sospecha cada vez que empiezo un pregunta con "Es verdad que...?" o "¿qué es tal cosa?" Responde cortésmente a mis curiosidades técnicas y reformula mis preguntas sobre las implicaciones de su trabajo y

la ciencia en la guerra. He ahí la primera verdad: perder el tiempo es criminal. Perutz fue alguien a quien las circunstancias durante la Segunda Guerra Mundial trataron de alejar una y otra vez de sus genuinos intereses en la ciencia, pero cuyo ingenio y conocimientos prácticos lograron salvarlo y devolverlo al sitio "donde se estaba llevando a cabo la mayor investigación del mundo". Acosado por ambos frentes, Perutz consiguió atravesar ileso la línea de fuego. O casi.

"Aquella joven mañana de 1940 la policía vino a mi casa en Cambridge y me comunicó que sería arrestado durante los próximos días; aún así, preferí empaquetar para un largo viaje. Bajé a la sala, me despedí de mis padres y salí con mis guardias a la calle bajo el cielo de mayo.

"A pesar de ser Cambridge un pequeño pueblo, los camiones iban llenos de 'extranjeros procedentes de las filas del enemigo'. Pronto, nos internamos en una pequeña guarnición instalada en las afueras de Bury St. Edmunds, a unos 50 kilómetros al este de Cambridge, en medio del monótono paisaje de la campiña en Anglia. Saltamos de los camiones a las puertas de un galvánico totalmente vacío y ensombrecido debido a que los ventanales del techo habrían sido pintados de negro. Uno de los prisioneros llamó mi atención. Por minutos, había permanecido inmóvil, mirando hacia el piso y con una hoja blanca en sus manos. Parecía leer absorto en ella. Me acerqué y me mostró cómo a través de un pequeño agujero en el techo pintado de negro se filtraba una nítida imagen del disco solar y gracias a ella uno podía observar contornos de los rayos del sol. También me enseñó a calcular distancias de los planetas y las estrellas respecto de sus paralelas y las distancias de las nebulosas con respecto al corrimiento al rojo de sus espectros. Era Hermann Brück, un afable y gentil católico romano alemán que había encontrado refugio en el observatorio de la Universidad de Cambridge. Años más tarde llegaría a ser el astrónomo real de Escocia."

Pero esa primavera Max Perutz había adquirido, junto con todos aquellos sospechosos de conspiración, la silueta de uno más de los fantasmas que recorrían por oleadas las costas de la Gran Bretaña. De hecho, la Luftwaffe apuntaba ya el inminente desembarco nazi.

"Éramos el reflejo de una pesadilla cuya existencia, efímera y constante al

mismo tiempo, se esfumaba y reaparecía con otra cara y diferente voz. Pero antes de la capitulación francesa, algunos fuimos trasladados a las cercanías de Liverpool, en Huyton, donde permanecimos por algunas semanas, sin nada que hacer más que lamentar las derrotas de los aliados rozando las narices del vecino de enfrente, descansando sobre las espaldas del de atrás o bien disfrutando de la postura más libre que se podía adoptar en esas circunstancias, de costado. Por fortuna, algunos empezamos a peregrinar, primero a lo que fuera una villa de descanso junto al mar, en la Isle of Man, donde compartí mi cuarto con dos brillantes investigadores médicos. Fueron ellos quienes me abrieron los ojos al recóndito mundo de las células vivas, un entretenimiento muy oportuno dados mis oscuros pensamientos por causa de un estómago vacío.

"Poco tiempo después, un grupo de médicos militares vino a vacunar a todos los menores de 30 años con la misma aguja, un detalle oscuro para un ominoso suceso que pronto conoceríamos. El 3 de julio nos llevaron de regreso a Liverpool para embarcarnos en un buque de guerra con destino incierto. Nuevamente apilados, esta vez en galeras asfixiantes destinadas a la carga, veíamos con envidia al otro lado la galera de los prisioneros alemanes, a quienes se les surtía con más o menos puntualidad su ración de comida. Un día la fiebre me asaltó. Cuando empezó a ceder, estando yo en manos de un grupo de jóvenes médicos alemanes que habían logrado aislar un compartimiento limpio y aireado, entramos en el anchuroso estuario del río St. Lawrence y finalmente arribamos en la reluciente ciudad de Quebec.

"Más que perder la libertad, lo que más furia despertaba en mí era el hecho de haber sido arrestado, internado y deportado como un enemigo extranjero por los ingleses, a quienes yo consideraba mis amigos. Luego de haber sido rechazado debido a mi condición de judío por mi natal Austria, a la que yo amaba, era expulsado ahora a causa de mi origen alemán por el país en el que había encontrado refugio. Claro, puesto que se me había mantenido incomunicado desde un principio, no podía saber que la mayoría de mis amigos ingleses y colegas científicos llevaban a cabo una intensa campaña para lograr que los refugiados antinazis, en particular el numeroso

contingente de académicos, fuéramos puestos en libertad.

"En 1936 había salido yo de Viena para realizar en Cambridge un doctorado en cristalografía de rayos X con J. D. Bernal, en el laboratorio Cavendish, y había iniciado formalmente mi carrera como investigador sobre la estructura de las proteínas. En marzo de 1940, pocas semanas antes de mi arresto, me sentía orgulloso de haber conseguido graduarme con una tesis sobre la estructura en cristales de la hemoglobina, que es la proteína de los glóbulos rojos. Así que lo que más me causaba frustración, al igual que a muchos de mis compañeros, era estar perdiendo el tiempo en aquella ciudadela en el lejano Canadá, en lugar de estar ayudando a luchar contra Hitler. Nunca imaginé que mucho antes de lo que hubiera imaginado estaría de regreso en aquel país, involucrado en uno de los proyectos más imaginativos y absurdos de la Segunda Guerra Mundial.

"La ciudadela ofrecía un majestuoso panorama del St. Lawrence y los campos que se extendían generosos hacia el sur. Conforme pasaba el verano, un fuerte impulso de encontrar la libertad al final de esos campos, al otro lado de la frontera norteamericana, comenzó a apoderarse de mí. Pero, ¿cómo podría evadir la vigilancia?, ¿quién estaría dispuesto a ocultarme?, ¿de qué manera podría convencer a los norteamericanos de no encerrarme inmediatamente en Ellis Island y de que mis hermanos que vivían en ese país responderían por mi conducta? Pronto comencé a soñar saltando de un vagón de carga a otro o tratando de internarme sigilosamente entre los puestos fronterizos... o simplemente con las muchachas.

"La realidad era otra, y no tan mala. Decidí entonces organizar cursos con los académicos que allí residían. De hecho, algunos de ellos han destacado, aunque de diferentes maneras y con suerte muy diversa. Por ejemplo, el estudiante de matemáticas vienés Hermann Bondi, ahora Sir Hermann, impartió uno de análisis vectorial. Recuerdo que llegaba a clase sin notas y aun así resolvía los más complicados ejemplos en el pizarrón. Bondi debe su rango a su desempeño como director científico en el Ministerio de Defensa de la Gran Bretaña y su fama a la teoría del estado continuo del universo. Según dicha teoría, postulada junto con otro interno vienés,

Thomas Gold, y el cosmólogo de Cambridge y escritor de ficción científica Fred Hoyle, conforme el universo se expande, la materia se crea continuamente, de tal forma que su densidad en el universo permanece constante con el tiempo. En este caso, el universo no necesariamente tuvo que haber iniciado con una gran explosión porque nunca habría tenido un principio y nunca tendría un final. Esta ingeniosa teoría fue descartada luego del descubrimiento por Arno A. Penzias y Robert W. Wilson de la radiación de fondo en forma de microondas que se detecta en cualquier punto del cosmos, lo cual confirma que el universo tuvo su origen en una gran explosión.

"Fue Klaus Fuchs quien nos enseñó física teórica. En cambio ese lúcido, austero y larguirucho hijo de un pastor protestante alemán perseguido debido a sus inclinaciones socialdemócratas, que se había unido al Partido Comunista poco después del ascenso al poder de Hitler y se había refugiado en Bristol, resultó ser el espía que reveló los detalles más importantes a los rusos sobre la construcción de bombas atómicas. Libre de los tortuosos pensamientos que me asaltarían años más tarde sobre las causas de Fuchs para traicionar a los amigos que le habían dado refugio, simplemente aproveché su excelente exposición en clase. En mis propios cursos, mostraba a los estudiantes cómo desentrañar el arreglo de los átomos en los cristales y pasaba el resto del tiempo tratando de aprender un poco de matemáticas que no había podido aprender en el colegio y en la universidad.

"Por fin llegó el día de mi liberación. El comandante del campo me indicó que podría optar por regresar a Inglaterra o aceptar una plaza como académico en la Nueva Escuela de Investigación Social en la ciudad de Nueva York. Respondí que deseaba regresar a Inglaterra. Sorprendido, me dijo que sería yo un buen soldado. En realidad, no pretendía pasar por héroe, sino ver a mis padres, a mi novia y regresar a mi investigación. Los torpederos alemanes no lo iban a impedir. Una mañana de enero de 1941, en la estación de trenes de Cambridge me encontré con nuestro leal mecánico del laboratorio, quien me recibió no como un enemigo, sino como un viejo amigo extraviado.

"Poco menos de tres años después,

regresé a Canadá como representante del Almirantazgo Británico y fui alojado en una lujosa suite del Hotel Château Laurier. Formaba parte de una de las misiones, como he dicho antes, más extravagantes de la Segunda Guerra Mundial. En la primavera de 1942, una llamada urgente me hizo tomar el primer tren a la estación de King's Cross, en Londres, desde donde se me llevó a un edificio de apartamentos en Albany, propiedad del excéntrico William Stone (a quien se le conocía como el Caballero de Picadilly) y en donde se encontraban prominentes miembros del Parlamento y escritores como Graham Greene, todo mundo en medio de una actividad enfebrecida. Allí conocí a Geoffrey Pyke, ex periodista y estratega autodidacta, orgulloso de serlo, quien me había reclutado para un proyecto que llevaba el misterioso nombre de Habakkuk. En 1938, yo había tomado parte de una expedición a los alpes suizos, donde descubrimos cómo los delgados copos de nieve que caen sobre un glaciar crecen hasta formar enormes granos de hielo. Nunca se me hubiera ocurrido que esa curiosidad tuviese alguna aplicación militar. Desde que había regresado de mi exilio forzado, mi profesor, W.L. Bragg, quien sucedió a Lord Rutherford en la dirección del Cavendish, me había alentado a retomar mi investigación trunca da sobre la estructura de las proteínas con el apoyo continuo de la Fundación Rockefeller, y por largo tiempo nadie me pidió mi ayuda para nada relacionada con la guerra, excepto para cumplir con guardias nocturnas en el techo del laboratorio.

"En medio de pilas de libros, revistas, ceniceros esparcidos por todo el cuarto repletos de colillas, apareció de pronto la escuálida figura de Pyke para decirme con un tono suave y convincente que él estaba bajo las órdenes de Lord Louis Mountbatten, en ese entonces jefe de Operaciones Combinadas, y que necesitaba mi consejo sobre la mejor manera de horadar témpanos.

"Pasaron seis meses antes de que Pyke me llamara de nuevo, esta vez para decirme en un tono grave que necesitaba mi ayuda para uno de los proyectos más importantes de la guerra; un proyecto del que sólo él, Mountbatten y nuestro amigo común, J.D. Bernal, habían oído hablar. Cuando le pregunté de qué se trataba, me respondió que había

prometido mantenerlo en secreto, no sólo por cuidado del enemigo, sino sobre todo por el selecto grupo de tontos a quienes Churchill había confiado el comando de esta guerra. Días más tarde, Bernal me indicó que debía yo encontrar la manera de fabricar hielo más resistente y que se congelara más rápido. El proyecto tenía la más alta prioridad, así que podía pedir lo que quisiera. A pesar de mi investigación sobre los glaciares, no estaba completamente seguro de cuál era la resistencia del hielo y apenas encontré bibliografía al respecto. Las pruebas me mostraron muy pronto que el hielo es al mismo tiempo quebradizo y suave, y no encontraba la manera de endurecerlo. Un día, Pyke me envió un reporte difícil de comprender para él. Era de mi antiguo maestro de físico-química en Viena, quien trabajaba en ese momento en el Instituto Politécnico de Brooklyn. Como experto en plásticos, Hermann Mark sabía que muchos son quebradizos en estado puro, pero que pueden ser reforzados si se les agrega fibras, por ejemplo, de celulosa, al igual que el concreto es reforzado con hilos de acero. De esta manera, sumergimos un poco de algodón o pulpa de madera en agua antes de que se congelara y encontramos que esto robustecía el hielo notablemente. Iniciamos así la producción industrial de hielo reforzado en cinco pisos subterráneos, bajo el mercado Smithfield, y le llamamos 'pykeretes' a aquellos bloques tan duros como el concreto, para recordar al entusiasta inventor. ¿Para qué habrían de servir? nadie lo sabía. Lo único que sabíamos era que se trataba de Habakkuk, y el Libro de Habakkuk dice: 'Miren y maravíllense, pues crearé y nadie querrá dar fe a los que vengan y les digan lo que han visto'. Como se verá, esto no se aclaraba el enigma.

"Mountbatten envió a Pyke a Canadá con un mensaje personal de Churchill para el primer ministro Mackenzie King. Churchill, como era de esperar, tenía sus propias ideas acerca de la utilidad de Habakkuk. Y mientras Pyke buscaba la colaboración de los canadienses, Mountbatten decidió mostrar las bondades de los pykeretes a la Jefatura de Comandantes del Ejército Británico. Pero, a diferencia de los canadienses, que llegaron a lanzar un excelente prototipo en el lago Patricia, Alberta, los ingleses desdénaron la idea. No era la primera vez que habían escuchado las sugerentes ideas

de Pyke. Antes había propuesto que los aliados lanzaran tropas sobre las montañas de Noruega a fin de establecer una base en la enorme y gélida meseta de Jostedalbreen. Desde allí, los guerrilleros equipados atacarían los pueblos cercanos, fábricas, estaciones hidroeléctricas y ferrocarriles con un vehículo diseñado por Pyke, que les permitiría moverse a gran velocidad entre los bosques y por las pendientes. Churchill, entusiasmado por lo que le había contado Mountbatten, dijo: 'nunca en la historia humana tan pocos inmortalizarán a tantos'. Alguien encontró por desgracia que en las cercanías de Jostedalbreen no había pueblos, fábricas o estaciones hidroeléctricas. Sin embargo, el vehículo de Pyke fue construido por Studebaker bajo el nombre de Weasel, y resultó ser de gran utilidad durante la guerra de Francia y Rusia, así como en posteriores expediciones en el Polo Sur.

"No recuerdo que nadie me lo haya revelado, pero el secreto detrás de Habakkuk comenzó a mostrarse como el ácido de una lata oxidada. Pyke se había dado cuenta de que, para diversos propósitos, era necesaria la cobertura aérea más allá de lo que podían alcanzar los aviones desde sus bases en tierra. Las naves nodrizas convencionales eran demasiado pequeñas para lanzar los pesados bombarderos y modernos aparatos de combate que se requerirían para cualquier invasión de alguna costa lejana. Pyke convenció a Mountbatten, siempre dispuesto a apoyar ideas distintas, de que era necesario ampliar la cobertura aérea de los barcos aliados sobre el inmenso Atlántico, y para ellos las islas flotantes vendrían como anillo al dedo. En vez de enviar los aviones por barco, irían volando de isla en isla. Así se consumaría también la invasión del Japón. El prototipo de pykerete que habíamos encontrado era ligero y resistente; podía procesarse industrialmente como el algodón y destinarse a una forma, como al cobre; inmerso en agua caliente, formaba una densa capa protectora de pulpa de algodón sobre la superficie, lo cual evitaba que siguiera deritiéndose. Pero tenía serios inconvenientes. Era resistente al golpe de una hacha, no así al empuje continuo de la gravedad, lo que hace que los témpanos fluyan como los ríos: más rápido en el centro que en las orillas y a mayor velocidad en la superficie que en el fondo. Un glaciar

del tamaño de un buque perdería paulatinamente su firmeza, se aflojaría y terminaría convertido en una masilla. Nuestras pruebas habían demostrado que el pykerete se aflojaría más lentamente, pero no lo suficiente, a menos que fuera mantenido a 4 °F. Para ello habría que contar con un complicado sistema de refrigeración. Además, dónde habríamos de construir semejante témpano. Churchill pensaba que la Naturaleza debía proporcionarnos la respuesta. Pero no pude hallar en el mapa un punto tan frío como para congelar 2 millones de toneladas de pykerete en un invierno. En agosto de 1943, a petición de Mountbatten, Bernal mostró a Churchill, Roosevelt y al Comando de Operaciones Combinadas las cualidades del pykerete. El inventor no había podido asistir porque sus comentarios mordaces habían contrariado a los militares norteamericanos. Lord Zuckerman, otro de los consejeros científicos de Mountbatten, hace algunos años me dijo que a pesar

de la impresión que había causado en los dirigentes el proyecto Habakkuk, en realidad había pasado casi inadvertido en Washington. Poco después de nuestra llegada a Canadá, listos a construir enormes plataformas heladas, Mountbatten dejó la unidad de Operaciones combinadas para asumir el mando de las fuerzas aliadas en el sureste asiático. Cuando informé a mi superior en el almirantazgo canadiense la suspensión por tiempo indefinido de Habakkuk, no se extrañó. En cuanto a Pyke, se sintió un poco decepcionado, pero ya estaba ocupado ideando nuevos esquemas. Uno de ellos era la construcción de un gigantesco tubo que uniría Burma con China, según él, más sencillo que tender una carretera sobre las montañas. Por el tubo, impulsados por aire comprimido, pasarían aliados, tanques y armas en cápsulas, como se estilaba hacer con los cilindros neumáticos en las tiendas de departamentos, a fin de ayudar a Chiang Kai Shek a derrotar al ejército japonés." □

vez como hexágono regular, si bien con inevitables limitaciones.

Conviene ante todo reflexionar que, durante las décadas centrales del siglo XIX, el surgimiento de la teoría estructural —de la cual la fórmula hexagonal de Kekulé representa la culminación— fue acompañado de innumerables forcejeos mentales, con significados nada claros aun entonces. Hoy en día, salvo a quien se consagre en cuerpo y alma a revivir el ambiente de la química en aquella época, la narración de los múltiples intentos resulta por cierto instructiva, aunque sobre todo desesperante. Desde nuestra actual posición privilegiada, da la impresión de que cada paso adelante iba automáticamente seguido de un retroceso mayor. Más de una vez ocurrió así, en efecto, pero a fin de cuentas, y pese a todo, al concluir el siglo eran trazadas con aplomo muchas fórmulas idénticas o casi a las que seguimos dibujando hoy.

La mayoría de aquellas especulaciones, fecundas o no, iban acompañadas de simbolismos nuevos o de extensiones, por lo general confusas, de simbolismos anteriores. La teoría de los tipos, deformada hasta la ininteligibilidad, seguía apareciendo, bajo plumas de lo más respetables, todavía en la penúltima década del XIX cuando menos. El conflicto interior permanente, que apenas los más lúcidos lograban plantear con nitidez, era en qué medida los distintos sistemas de formulación de las sustancias constituían sólo representaciones abstractas —algún género de balance o ecuación—, o bien respondían a una realidad física, con geometría definida. Este último modo de ver fue imponiéndose gradualmente, entre tropiezos: baste con recordar el berrinche de Kolbe enfrentado a la teoría genial del carbono tetraédrico.

Por último, llegó la indagación estructural directa, mediante difracción de rayos X o de electrones, comenzando, como es natural, por casos sencillos. Algo después, análisis como los del hexametilbenceno y la ftalocianina fueron saludados —con cierta pompa y tampoco sin razón— como pruebas decisivas de "la verdad de la química orgánica", aunque en el fondo nadie se inmutó, pues para entonces no había duda de que, concretamente, el hexágono kekuléico era una realidad. Con todo, y a despecho de lucubraciones estilo Sachse-Mohr, el químico orgánico normal seguía concien-

Prehistoria de un hexágono

Gerardo Dentz

En la historia de la química, el nacimiento de la clásica fórmula hexagonal para el benceno es objeto de un relato equiparable, por aplaudido y confirmado, con los de San Pascual Bailón en éxtasis o la joven Xóchitl y el aguamiel, en el mundo real.

Cierto día de 1865, August Kekulé vio, en la muestra de una botica, la venerable imagen del uróboro, la serpiente mordiéndose la cola que simboliza tantas cosas. Reflexionando más tarde sobre un tema de candente actualidad —la naturaleza del sistema estable de seis átomos de carbono que fundamenta ese vasto grupo de sustancias denominadas "aromáticas" para eterno malentendi-

miento de los profanos—, Kekulé entró (al parecer tampoco por vez primera) en el reino de las imágenes hipnagógicas, moleculares en su caso. De pronto, el famoso uróboro —un residuo diurno, hablando en freud— cuajó en forma de hexágono regular de átomos de carbono. Lo que siguió es historia.

Ahora bien, como ya lo sospechaba Tácito y lo enunció T.S. Eliot, "history has many cunning passages". No me refiero a las naturales variantes con que circula por ahí el anterior relato, sino al hecho de que, según parece, un cuarto de siglo antes de la visión de Kekulé la unidad bencénica de seis carbonos había sido ya concebida cuando menos una

biendo ingenuamente los anillos alicíclicos como planos. Hicieron falta largos años para que empezase a ser en verdad moneda corriente el hecho de que, a fin de alcanzar toda la exactitud posible, cada molécula requiere una descripción propia y, aun sin aspirar a tanto detalle, no hay que descaminarse por culpa de las fórmulas planas habituales. Con objeto de discurrir, aun a rasgos generales, por cuestiones estéricas y conformacionales, hubo que crear nuevos modos de representación, como la proyección de Newman y el ciclohexano predominantemente "silla", que hoy es lugar común pero en 1950 constituía todavía una rareza (y todo esto por no hablar de los distintos tipos de modelos atómicos de madera o plástico, cada vez más usados).

En vista de esta complicación exorbitante, no hay que sorprenderse ante los titubeos y las confusiones enojosas de los primeros tiempos. En 1854 el ilustre Antoine Laurent, mente compleja, representó una vez —según cuentan— el cloruro de benzilo mediante un hexágono regular en cuyo centro se leía "BzC", explicando mediante una vaguedad que aspiraba a significar con aquello. Creyendo contemplar una vislumbre del anillo bencénico, quizá sonríamos —pero esa sonrisa se nos congelará cuando Laurent, a renglón seguido, represente el amoníaco mediante el mismo hexágono, sólo que con la misteriosa inscripción "hA" en el ombligo. Definitivamente, Laurent y nosotros no hablamos de lo mismo. Si menciono el caso, no obstante, es para advertir que en la bibliografía química de 1830-1860 —imposible de recorrer completa— pudo haber intuiciones más certeras que los hexágonos de Laurent. La que he encontrado, cuando menos, no parece haber sido justipreciada, ni siquiera advertida, con todo y ser extraordinariamente concreta, hasta demasiado.

Su autor no es ningún desconocido. Marc-Antoine Gaudin (1804-1880) hizo diversas aportaciones a la química aplicada. Es recordado sin embargo, porque aceptó lúcida y tempranamente la idea de Avogadro, si bien él tendía atribuirlo a Ampère. Como pasa tantas veces, lo que Gaudin seguramente juzgaba su más sólido título de gloria —su teoría estructural—, después de padecer, y con bastante razón, la indiferencia general, yace en el más justificado —ay— de los olvidados. En un libro que al parecer fue su

última contribución a la ciencia, Gaudin resume toda una vida de esfuerzos estructurales. Se trata de *L'architecture du monde des atomes dévoilant la structure des composés chimiques et leur cristallogénie*, París, Gauthier-Villars, 1873, obra que, para estupefacción de cualquiera, forma parte de la biblioteca de Antonio Caso, preservada en la Biblioteca de México.

Para 1873 el hexágono bencénico del soñador Kekulé llevaba ya unos años circulando, aunque la batalla no estaba ganada, ni mucho menos, y durante largo tiempo seguirían surgiendo propuestas estructurales para el benceno, que los tratados de química orgánica tardaron demasiado en olvidar y que tuvieron destinos de variedad fascinadora. Así, por ejemplo, la fórmula "central" de Armstrong-Baeyer naufragó en su imprecisión; la fórmula de Thiele, con valencias parciales, pudiera rescatarse, sin deformar imperdonablemente las cosas, como un barrunto peculiar de la teoría de la resonancia; en tanto que la estructura de Ladenburg es hoy conocida y se llama "prismano". Otro tanto ocurre con la mal llamada estructura de Dewar, sencillamente un biciclohexadieno, y que en realidad Dewar jamás sugirió como posibilidad seria.

Pues bien, es muy difícil deducir hasta dónde Gaudin conoció, y sobre todo valoró, los desarrollos de la teoría estructural, confusos y contradictorios como fueron, durante los quince o veinte años anteriores a *L'architecture du monde des atomes*. Se diría que optó por enclaustrarse progresivamente en sus ideas, por desgracia irrecatables. Cosa natural a su edad. Por un lado, merece elogio su permanente cuanto primitiva visión de los átomos como bolitas que ocupan lugares definidos en el espacio. Mucho debía refinarse esta concepción tan rudimentaria, pero al menos no había en ella misma nada opuesto a la elaboración de una teoría estructural ilimitadamente expandible y perfeccionable. Los empaquetamientos y superposiciones de átomos de Gaudin recuerdan —tan remotamente como se quiera— las ordenaciones cristalinas que, desde Laue y los Bragg, son hechos empíricos. Gaudin trata de tornar inevitables y lógicos sus edificios atómicos invocando razones que hoy día ya no se entienden, basadas en el horripilante "éter". Son cosas que tienen que ocurrir. Lo fatal, sin embargo,

es que cierre la puerta a cualquier ampliación productiva, imponiendo el dogma de que la valencia —"atomicidad" la llama— es una ficción.

Es lamentable contemplar a Gaudin demostrando, por un lado, que no le falta cierta idea de las nacientes fórmulas estructurales y, por otro lado, negándose a intervenir en el afinamiento de ellas: "Pues bien, creo que nuestros químicos teóricos, quienes manipulan tan bien hoy por hoy las fórmulas orgánicas, no tienen la menor idea de la estructura de dichas moléculas: si bien están constituidas, como lo demuestro, con un orden admirable en todos los casos, según ellos serían, por el contrario, deformes; sus partes se soldarían entre ellas para llegar a una saturación regida por la atomicidad." Desgraciadamente, las palabras que Gaudin subraya por estrafalaria son, ni más ni menos, muy acertadas. Por añadidura, si errar es humano, decir tonterías quizá lo sea más aún: "Por mi parte, me asombra ver a sabios franceses reducidos a emplear expresiones tan extravagantes (*bizarres*) para explicar hechos de la mayor sencillez." O bien las palabras que cierran el cuerpo del libro: "Concluamos con un enunciado absurdo en el máximo grado, pero que pinta perfectamente la situación: por el mero hecho de demostrar y una disposición y un equilibramiento armónico de los átomos donde, no siendo cierta mi teoría, habría tan sólo un revoltijo de partículas materiales pululantes (*un fouillis de particules matérielles grouillantes*), ¡sería yo más fuerte que el Creador todopoderoso!" Pues por lo visto la única armonía y el único equilibrio posibles son los del sistema de Monsieur Gaudin, presa de un titanismo inesperado.

La cima del sistema de Gaudin se alcanza en su deducción de la estructura de la estricnina. A quienes hace largo tiempo disfrutamos estudiando el auténtico esclarecimiento, divinamente enrevesado, de la constitución de este alcaloide —más o menos desde la época de la vejez de Gaudin hasta 1948, año en el cual culminó la elucidación por vía clásica de la estructura, pronto confirmada y precisada por Bijvoet usando rayos X, por no hablar de la síntesis total en 1954—, a quienes tuvimos esta suerte, digo, nos resulta casi imposible, leyendo a Gaudin mientras —según él— resuelve, con una mano en la cintura, el

colosal problema, vencer la sospecha que nos embarga, de que el viejo químico estaba más loco que una cabra. Esto, sin embargo, significaría cometer con Gaudin una injusticia que, terco y todo cuanto se quiera, no merece en absoluto. Es, nomás, que las ciencias adelantan que es una barbaridad.

Para formular la estricnina, Gaudin parte, ni más ni menos, de la estructura que previamente ha deducido para la apofilita (un mineral zeolítico!). En lugar de la deforme estructura que tantos decenios de experimentación y cacumen costaría, Gaudin nos ofrece un cuadrado de siete por siete átomos, de carbono la mayoría, más algunos de nitrógeno y oxígeno distribuidos simétricamente. Ocupan el centro del cuadrado dos carbonos superpuestos, en tanto que muchos de los demás llevan sendos átomos de hidrógeno encima y debajo, formando tríos que Gaudin denomina *carbhydes* y que darían ganas de llamar metileno, salvo porque los átomos del mundo de Gaudin nunca están ligados sino, a lo sumo, superpuestos. "Lo esencial de mi teoría descansa en la posición relativa de los átomos de suerte que se establezca un equilibrio, imposible de imaginar más perfecto que colocando un átomo de una especie precisamente en el centro de la línea que une a 2 átomos de otra especie." El par de carbonos central de la estricnina será apenas una leve anomalía. Añade Gaudin que "reflexionando bien" —demasiado, mejor dicho—, "se reconocerá que sin lo anterior no podría establecerse orden ninguno en la formación de una molécula". En todo caso, deduce como distancia máxima entre átomos químicos en las moléculas una diezmilionésima de milímetro: exactamente la unidad usada ahora para lo mismo llamándola *ångström*, un décimo de nanómetro; así, por ejemplo, en el benceno la distancia entre carbonos adyacentes es de 1.39 diezmilionésimas de milímetro.

Cosa curiosa, después del *tour de force* estricnínico, Gaudin requiere todavía largas páginas antes de alcanzar el problema de la bencina —o sea del benceno. En un análisis previo de la "estructura del aguarrás" y del alcanfor se alcanza un sistema cuadrado de átomos dispuestos en torno a otro en medio. La bencina, "cuya molécula en estado de vapor contiene 6 átomos de carbono unidos a 6 de hidrógeno", tiene, en cambio, des-

ocupado el centro. Rozamos la fórmula de Kekulé —y sería todavía más de cerca si Gaudin no se empeñara en distribuir los seis hidrógenos entre los carbonos 1, 3 y 5, constituyendo tres de sus acostumbrados *carbhydes* (término que afortunadamente es innecesario traducir). Por lo demás, nunca debe olvidarse que para Gaudin los átomos pueden colocarse codo con codo o pies sobre cabeza, aunque sin enlazarse. No importa: estamos ante seis átomos de carbono, reales y cabales, dispuestos en los vértices de un hexágono regular.

Gaudin sólo menciona tres derivados sencillos del benceno y consigue formularlos de manera tan caprichosa como simpática. El fenol (*acide phénique*) tiene evidentemente su átomo de oxígeno en el centro del hexágono carbonado: viene a ser, explica Gaudin, "el alcanfor de la bencina". En el ácido benzoico, el benceno se incorpora "una molécula de ácido carbónico, convertida en su eje principal". Un benceno ensartado, al modo de los rotaxanos, en un dióxido de carbono acertadamente lineal. El pirogalol, por fin, es aún más alucinante, pues allí (recurriendo a nuestra actual visión, por supuesto) el rotaxano consta de benceno clavado en ozono. El pirogalol, por fin es aún más alucinante, pues allí (recurriendo a nuestra actual visión, por supuesto) el rotaxano consta de benceno clavado en ozono. Gaudin explica más adelante, con justificado orgullo, cómo esta interpretación estructural suya del ácido benzoico le ayudó a poner en tela de juicio la composición que le asignaba nadie menos que Berzelius —y, en efecto, Dumas y Liebig dieron la razón, experimentalmente, a Gaudin.

Para éste, la estructura del ácido benzoico precedió a la del benceno. Cuando pasó al benceno, es un dato que Gaudin no declara en su libro de 1873. Se sorprende uno al presenciar cómo, según todas las señales, Gaudin permanece refractario al potencial interpretativo del hexágono de carbonos. Pero del ácido benzoico —que al fin y al cabo incluye dicho sistema— sí está satisfecho y declara: "su grupo hexagonal regular ha figurado en mis publicaciones desde hace más de treinta años". En su libro, Gaudin escatima las referencias bibliográficas, pero aun en ausencia de autocitas ("muy gran número de publicaciones") no hay motivo razonable para poner en duda esto que afirma. Ahora

bien, con ello nos remontamos a los alrededores de 1840. Falta aún mucho para el benceno de Kekulé, y también para que Laurent represente, según lo describimos ya, el cloruro de benzoilo por un hexágono y unas letras muy suyas, constituyendo un emblema carente de cualquier significación y, desde luego, sin porvenir. En cambio la imagen de Gaudin muestra explícitamente seis átomos de carbono, bien definidos, en los vértices de un hexágono regular inmerso en este espacio nuestro de cada día.

Se mire como se quiera, esta anticipación resulta casi escalofriante —aunque, irónicamente, en sentidos que su autor no habría comprendido ni aceptado jamás, coronando así la "suma de indiferencia" que —según acepta secamente— recibió su teoría "en Francia y el extranjero" (sólo la Smithsonian Institution de Washington le encargó a Gaudin algunos modelos de sus moléculas).

En 1867, el respetable Marc-Antoine Gaudin recibió (y ya era hora) el premio instituido por el barón de Trémont "para auxiliar a un sabio sin fortuna". Fue el cuarto individuo así favorecido. El primero fue el señor Ruhmkorff, inventor de cierto carrito de inducción que alumbró al profesor Lidenbrock por las galerías interiores del mundo y al capitán Nemo en sus paseos submarinos a pie —informa Julio Verne, quien está inclusivo al tanto del premio. Nosotros preferimos imaginar que Gaudin fue premiado por haber sido el primero, mientras no se demuestre otra cosa, en representar los seis átomos de carbono del benceno (y tres de sus derivados) en los vértices de un hexágono regular. Es forzoso aceptar que la flauta sonó por casualidad; incluso desafinada.

Pero sonó. □



Buzón entre dos mundos De Octavio Paz a Luis Buñuel

Veinte años después de La edad de oro (1930) y tras un período de relativa obscuridad, se otorgó a Luis Buñuel en el Festival de Cannes de 1951 el Premio de la Crítica por su película Los Olvidados. Fue el comienzo de la segunda y gran época de Buñuel. En esos años Octavio Paz era tercer secretario de la Embajada de México en París. Por sugerencia de Buñuel y gracias a las gestiones del productor de Los Olvidados, se logró que Octavio Paz fuera uno de los dos delegados de México al Festival. Como es sabido, nuestro país no presentó el filme, que se exhibió porque Buñuel había sido invitado por los organizadores. En sus memorias Buñuel recuerda que algunos altos funcionarios y varios conocidos intelectuales habían criticado a su película, que juzgaban denigrante para nuestro país. Las cartas de Octavio Paz a Buñuel que publicamos a continuación —escritas por la noche, para dar cuenta al director de Los olvidados del desarrollo del festival— fueron encontradas en el archivo del cineasta por el crítico e investigador Yascha David.

Abril 5 de 1951.

Querido Luis Buñuel:

Damos la batalla por Los Olvidados. Estoy orgulloso de pelear por usted y su película. He visto a sus amigos. Todos están con usted. Prevert le manda un abrazo. Picasso lo saluda. Los periodistas inteligentes y los jóvenes están con usted. Vuelven un poco, gracias a Los Olvidados, los tiempos heroicos. He organizado una reunión "íntima" unas horas antes de la exhibición de su película (el domingo 8). Contamos con Prevert,

Cocteau, Chagall, Trauner y otros para esa reunión (amén de todos los periodistas y críticos con algo en la cabeza, en el corazón o en otra parte). Picasso —sin que se lo pidiéramos— ha declarado públicamente que irá a la presentación de Los Olvidados. Si el jurado no premia su película (lo cual no es imposible) pensamos publicar un folleto o una declaración conjunta con las gentes mejores. De todos modos Los Olvidados tendrá un premio, pero nosotros aspiramos al Gran Premio (Los rivales más serios son los italianos, los ingleses y los rusos). Aún en el caso —improbable, casi imposible— de una derrota total, hemos ganado en la opinión. La prensa hablará —y hablará mucho— de Los Olvidados. Tenemos seguro, además, el premio de la crítica, en caso de no obtener el Gran Premio o el de dirección.

De prisa, he escrito algo sobre usted. Será distribuido, en francés, el día 8. Después creo que obtendrá un texto de Prevert. La copia que le envío (escrita anoche en una inservible aunque reluciente máquina de escribir suiza) le sugiero que sea publicado en *Novedades*. Hable con Benítez, de mi parte. Es poco, para lo mucho que es usted, pero no tuve tiempo de hacer nada mejor.

Un abrazo.

Octavio Paz

Cannes, 11 de abril de 1951

M. Luis Buñuel
México, D.F.
Querido Buñuel:

Ayer presentamos Los Olvidados. Creo que la batalla con el público y la crítica la hemos ganado. Mejor dicho, la

ha ganado su película. No sé si el jurado le otorgará el Gran Premio. Lo que sí es indudable es que todo el mundo considera que —por lo menos hasta ahora— Los Olvidados es la mejor película exhibida en el Festival. Así, tenemos seguro (con, naturalmente, las reservas, sorpresas y combinaciones de última hora) un premio.

Ahora le contaré un poco cómo pasaron las cosas. El día 1 de abril (apenas supe que era delegado gubernamental) entrevisté a Karol, delegado de la industria (o de los distribuidores, no sé aún a ciencia cierta). Karol y su mujer se mostraban totalmente escépticos. No solamente no creían en su película, sino que adiviné que no les gustaba. Claro que me pareció inútil discutir con ellos. Sabía que en ocho días —y ante opiniones de gente que ellos consideraban— cambiarían. Así ocurrió. Ahora Karol proclama que Los Olvidados obtendrá el gran premio.

Cuando llegué a Cannes (el 3) me di cuenta que ni México ni Karol habían preparado la presentación. No teníamos folletos, publicaciones, nada. Tampoco se había hecho la menor propaganda, ni se había utilizado la admiración y amistad que aquí le profesan. Mi primera preocupación fue movilizar la opinión. Por fortuna, el mismo día 3, encontré varios amigos (periodistas y cineastas) que con todo desinterés —y por amistad hacia su obra— se dedicaron a hacer de Los Olvidados "el film del Festival". Entre ellos debo mencionar a Simone Debreuilh (amiga suya), Kyran (un chico amigo de Breton), Frederic y Longlois (de la Cinemateca), etc. En primer término visitamos a Prevert (que se ha portado de un modo maravilloso), logramos la colaboración de Cocteau y Chagall. (Picasso, que prometió asistir, no pudo o no quiso —¿política de partido?— concurrir a la representación. De todos modos, sus amigos estuvieron con nosotros). Movilizamos también a lo que los políticos mexicanos llaman "las infantías" del Festival, periodistas, secretarías, etc. Prevert declaró que se trataba de una gran película. Cocteau llamó varias veces a la Secretaría General, pidiendo boletos, etc. Finalmente, 24 horas antes, distribuimos el texto que escribí sobre usted. En suma, creamos una atmósfera de expectación. Hay que decir que Karol, los últimos días, "despertó" y nos ayudó. Danztzinger, (¿se escribe

así?) se presentó a última hora y —aun- que tarde— también fue eficaz.

Ayer el teatro estaba lleno, como en sus grandes días. Algo iba a pasar. Distribuimos a nuestros amigos estratégicamente. Pero no hubo batalla. La película ganó al público aunque —claro está— parece que hay inconformes: los "refinados" y algún grupo comunista (esto último no lo puedo asegurar, aunque me dicen que Sadoul encontró el film demasiado "negativo" e "inutilizable"). El público aplaudió varios fragmentos: el del sueño, la escena erótica entre el Jaibo y la madre, la del pederasta y Pedro, el diálogo entre Pedro y su madre, etc. Al final, grandes aplausos. Pero, sobre todo, una profunda, hermosa emoción. Salimos, como se dice en español, con la garganta seca. Hubo un momento —cuando el Jaibo quiere sacarle los ojos a Pedro— que algunos sisearon. Fueron acallados por los aplausos.

Los comentarios no pueden ser más entusiastas. Pervert declaró que era la mejor película que había visto en los últimos diez años. Cocteau citó a Goethe, quien había afirmado que el mejor músico de su época era Beethoven. ¿Y Mozart? le dijeron: "Mozart no es el primero, ni el segundo: es único, está aparte." Así digo de Buñuel. Ni es el primero, ni el segundo. Es único. Está solo. Pudovkin afirmó que se trataba de un gran film lleno de optimismo en los valores humanos". Chagall declaró que no estaba sorprendido: sabía que usted era un gran artista. Felicito también a Figueroa y a Hafter. Esta opinión desconcertará a los periodistas comunistas. Hoy por la mañana la Radiodifusión francesa visitará a todas esas personalidades para pedirles opiniones. Ya se las enviaremos. También le remitiremos los recortes de prensa. Y por lo pronto puede usted utilizar para la prensa lo que le cuento —omitiendo, naturalmente, los detalles íntimos que son solo para usted, como la actitud de Karol.

Tengo que pedirle un favor: agregue, en la página cinco del artículo que le envié, a continuación de "grandes y pequeñas estrellas", lo siguiente: "Sabíamos que Rodolfo Hafter es un gran músico. Ignorábamos que la música —arte dotado de irreductibles poderes de encantación— era de tal modo capaz de fundirse a la acción, al grado que imagen visual, sonido y movimiento filmico forman un todo indivisible. La música de Hafter

posee una calidad que no es exagerado llamar interior. Quiero decir: no acompaña al drama, no lo subraya ni lo comenta: brota de la acción, es su respuesta fatal, su necesario complemento. ¡Lograda unidad!"

Le ruego agregar este párrafo porque no sólo me parece justo, sino porque no me perdonaría a mí mismo haber olvidado a Hafter. Asimismo le suplico que mande copiar el artículo y se lo envíe a Fernando Benítez, director de *Novedades*. Sería bueno que el artículo apareciera con una breve nota en la que se mencionase el éxito de Los Olvidados y las opiniones que le transcribo en esta carta.

Y nada más, sino un cordial saludo de su amigo:

Octavio Paz

¿Es necesario repetirle que estoy orgulloso de luchar por una película como Los Olvidados?

Le escribiré después con nuevos detalles.

Cannes, abril 16 de 1951.

Querido Buñuel:

Le envío copia del poema de Pervert. Ojalá que pueda ser publicado allá, con mi artículo (¿Lo envió a Novedades, como le rogaba?). Desde París le remitiré los artículos de prensa. Casi todos favorables. La película sigue siendo la mejor, aunque quizá el jurado decida darle el Gran Premio a Milagro en Milán, de V. de Sicca (film que, en un género menor, es también admirable). De todos modos es seguro (salvo alguna monstruosa intervención de última hora) que usted tendrá el Premio de la Crítica (que es el otro gran premio) o el de la "Mejor dirección". La película ha triunfado. ¿Qué se dice en México? Conteste, por favor. Vea a Benítez (Novedades), y a Huerta (El Nacional) y repítalos lo que yo —y otros amigos— le hemos escrito.

Pervert —a quien vi ayer— me pide noticias de usted. Escríbele unas líneas. Su dirección: St. Paul de Vence (A.M.).

Si tiene oportunidad, le rogaría que viera al Lic. Castillo López. Quisiera saber si al fin me pagarán mis gastos y mi viaje. Salude a Dancinger, a Figueroa, Estela Inda, Halfter y demás artistas.

Suyo, Octavio Paz □

Carta de Copilco Riesgos de la verdad

Guillermo Sheridan

Hasta la más complicada mentira es más sencilla que la verdad.

P. Valéry.

Es frecuente que las autoridades del país aludan a la madurez del pueblo mexicano como razón de la necesidad que tiene de Verdad y como justificación del derecho que tiene a la misma. Esto es algo de lo que los mexicanos tenemos que sentirnos orgullosos y sobre lo que debemos reflexionar superficialmente o

profundamente, lo que suceda primero. No todos los pueblos pueden presumir de tener un gobierno para el que la Verdad es propiedad natural del pueblo, con la única condición previa de que el pueblo sea maduro (o, para emplear un término moderno, moderno). Si hay verdades que se caen de modernas, hay pueblos que se caen de maduros: el mexicano es de esos.

La frase, que el gobierno repite con frecuencia por si aún queda alguien que no haya comprendido, dice en esencia:

el pueblo de México es un pueblo maduro y por ello tiene derecho a la Verdad. La primera reflexión que provoca este postulado es la que supone que alguien solicita la Verdad y alguien la dispensa en una transacción francamente moderna: una especie de libre mercado de la Verdad en el que la madurez hace las veces de la moneda.

Sin embargo es atributo de la madurez sopesar los riesgos que se desprenden de ejercitarla. Un pueblo maduro sabe que hay dos clases de verdades: las dolorosas y las placenteras. (Saber que se es un pueblo maduro, por ejemplo, es placentero. Pero saber que ello es verdad, es doloroso.) De cualquier modo, la incorporación de la Verdad a la madurez, y viceversa, resulta positiva en términos generales. Tomemos un par de ejemplos: el de una verdad dolorosa y el de una verdad placentera. La primera, una verdad dolorosa: *en México no tenemos derecho a la mentira*. La segunda, una verdad placentera: *En México sabemos la verdad, aunque no queramos*.

La historia patria nos enseña que el pueblo mexicano pasó de la inmadurez a la madurez exactamente la mañana del 28 de noviembre de 1929. Esa mañana se supo que por cada voto recibido por José Vasconcelos, su contrincante, Pascual Ortiz Rubio, había recibido noventa y cinco. Un pueblo inmaduro no lo hubiera creído. El pueblo mexicano no lo creyó, pero simultáneamente se dio cuenta de que ya no era un pueblo inmaduro. Su recién adquirido discernimiento le permitió percatarse de que la extraordinaria jornada cívica había tenido una parte dolorosa: que no todos habían votado por Pascual Ortiz Rubio; pero también una parte placentera: que Pascual Ortiz Rubio había sido el primero en reconocerlo. De cualquier modo, tanto el pueblo como el gobierno aprovecharon la sección: esa mañana, al reconocer que no creía la versión oficial, por ser un pueblo inmaduro, el pueblo maduró para siempre y comenzó a creer. Por su parte, el gobierno maduró al reconocer: "a este pueblo no se le puede mentir porque es un pueblo maduro", y al inventar las versiones no oficiales.

El planteamiento "un pueblo maduro tiene derecho a la Verdad" supone saber qué es la Verdad, qué es la madurez, qué es el derecho, y, en caso necesario, qué es el pueblo. Saber cuál es la Verdad es función que corresponde al

gobierno en tanto que emanado del pueblo; detectar el grado de madurez del pueblo le corresponde al gobierno en tanto que emanado del pueblo; saber qué es el derecho corresponde al gobierno emanado del pueblo; y saber qué es el pueblo corresponde al gobierno, que procurará no confundir al pueblo con otra cosa, por ejemplo con el gobierno emanado del pueblo.

Una vez aclarado eso, el gobierno localiza verdades que comunicarle al pueblo. Como sabe que gobierna a un pueblo ansioso de verdades, dispone de varios agentes encargados de detectar alguna. Estos agentes ven algo que tiene apariencia de Verdad, lo atrapan y someten de inmediato, lo miden y lo pesan. Si resulta verdad, redactan una versión oficial para consumo del pueblo, la transmiten por los diversos medios de comunicación y arrojan las consecuencias que esa Verdad tendrá en la madurez ambiente.

En materia de madurez, el gobierno sabe calibrarla muy bien, pues cuenta, desde 1929, con el apoyo del madurómetro. El madurómetro, como su nombre lo indica, mide el grado de madurez de algo o alguien. Es un aparato portátil, del tamaño de una aspiradora, dotado en un extremo de una especie de termómetro que, insertado en un orificio adecuado de algo o alguien, detecta su inmadurez o, en su defecto, su madurez. Esto, que durante varios sexenios era largo y se hacía manualmente, es ahora cosa de segundos gracias a la tecnología. Cuando una crisis de cualquier índole (política, social, económica o religiosa; o una combinación entre ellas; o todas juntas) arroja una verdad de cualquier clase (placentera o dolorosa), se localiza al pueblo, se le aplica el madurómetro y se hace la lectura de cualquiera de los resultados posibles. El madurómetro procesa ciertas constantes (porcentaje de doctorados per cápita, etc.) y ciertas variables (cantidad de amibas en la sangre, etc.) y enciende una luz roja junto a alguno de los resultados posibles:

- a) PUEBLO MADURO.
o bien: b) PUEBLO INMADURO.

El gobierno recibe el resultado, lo analiza y lo participa al pueblo que, al día siguiente, se entera por los medios: EL PUEBLO ESTÁ MADURO o, en caso contrario, EL PUEBLO ESTÁ INMADURO. Ha quedado

así preparado el terreno para la llegada de la Verdad, por dolorosa o placentera que sea, por ejemplo: *¡YURI ENAMORADO DE NUEVO!*. ¿Qué hacer? El pueblo tiene dos opciones: cree esta noticia o no la cree. Si sí la cree, se siente feliz por Yuri, sobre todo si de quien se ha enamorado de nuevo es de uno. Si no, tiene dos opciones: demostrar lo contrario o iniciar un rumor. Si quiere demostrar lo contrario tiene dos opciones: demostrar que Yuri no ha dejado de amar en secreto al anterior, o si más que enamoramiento, se trata de un coqueteo pasajero, etc.

Una sociedad madura debe pagar el precio de la Verdad, por amargo que sea. De nada sirve ocultar que Yuri se ha enamorado o no se ha enamorado, ya de uno o ya de otro, de nuevo o simultáneamente. Saberlo, en cambio, fortalece el pacto federal, vigoriza a la democracia, vitamina a la libertad de prensa, nutre la separación de poderes, proteiniza al municipio libre, ocusiona el enriquecimiento inexplicable, limpia nuestro pasado, alerta contra el porvenir, sanea el lenguaje y, en una palabra, *coadyuva* a la madurez general.

Hay, sin embargo, un problema: ¿en qué medida la madurez de un pueblo guarda proporción, precisamente, con su capacidad para conocer la Verdad e incorporar las consecuencias de conocerla a una madurez que, gracias al poder de la Verdad, madurará aún más exigiendo más verdad? La madurez que requiere de más y más verdad para ser más y más madura, corre el riesgo de generar un círculo vicioso, una adicción a la Verdad que aumenta su demanda, hace subir su precio, fomenta su cultivo ilegal en plantíos clandestinos y crea un mercado negro. Pero para impedir que esto suceda tenemos dos opciones, la dolorosa y la placentera: comenzar a decir la Verdad o establecer el Día Nacional de la Madurez. □

